

No dejes de soñar

*La vida te pone obstáculos,
los límites los pones tú*



Nuria Pariente Noguerras

No dejes de soñar

*La vida te pone obstáculos,
los límites los pones tú*

Nuria Pariente Nogueras

Título: *No dejes de soñar*

© 2020, Nuria Pariente Nogueras

De la maquetación: 2020, Nuria Pariente Nogueras

Del diseño de la portada: 2020, Verónica Monroy Romeral

Primera edición: 2020

Impreso en España

ISBN-13: 9798603442952

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

No dejes de soñar

*La vida te pone obstáculos,
los límites los pones tú*

Nuria Pariente Nogueras

Agradecimientos

Xosé, el centro de mi universo, el pilar indispensable de mi pequeño mundo, la vela de mi velero. Mi marido, amigo y confidente, el hombre que se ha convertido en mi verdadero amor y que me ha concedido el privilegio de ser el suyo. El indiscutible papá de mis hijos... A él, sobremanera, he de agradecerle que hoy mis novelas vean la luz.

Mis hijos, quienes han supuesto el revulsivo que necesitaba para embarcarme en esta aventura. Mi lucha personal por sacarlos adelante me hizo desempolvar del pasado mi pasión por la escritura. A ellos, agradecerles que me hayan recordado que, si se quiere, se puede.

Melchor Riol, que llegaste de manera desinteresada a mi vida, en el momento justo y necesario, para aportarles a mis novelas el empuje que necesitaban. Gracias por tu apoyo, paciencia, confianza y dedicación, sin lo cual, en muchos momentos, me habría venido abajo.

A mi correctora, Olaya, porque ha pasado a formar parte de este, mi pequeño mundo de sueños cumplidos, como una parte imprescindible a la hora de dar la calidad que merecen mis escritos.

A mis lectores cero, cuyas críticas iniciales han contribuido a enriquecer más la novela que hoy llega a tus manos.

Y, cómo no, eternamente agradecida a ti, mi lector, que has adquirido mi obra, porque tengo claro que, sin todos y cada uno de vosotros, ¡hoy esto no sería posible!

Prólogo

Pasar desapercibida para Carolina no era algo nuevo. A sus casi doce años, tras su paso inadvertido por la primaria no esperaba, siendo, como se suele decir, de las pequeñas de su generación por cumplir los años a finales de diciembre, que la transición a secundaria fuera muy diferente.

A fin de cuentas, el paso al instituto solo era un mero cambio de centro que veía como algo muy positivo, dado que ahora ya no tendría que subir aquella tortuosa cuesta que la llevaba a su colegio, sino que muy por el contrario solo tenía que callejear un poco, y en apenas quinientos metros, que se recorría en unos cinco minutos, estaría frente a la puerta principal.



Algo que caracterizaba el carácter de Carolina era el optimismo, siempre sacaba lo positivo de toda experiencia vivida y toda persona conocida.

A su mejor amiga, Lorena, le había correspondido el mismo centro. En la ciudad había tres institutos, y por suerte ambas acudirían al Instituto Isla de la Esperanza: hasta su nombre era propicio para creer que no existiría dificultad alguna en la transición a esa preadolescencia de la que todos los adultos hablaban a su alrededor, alterados por las terribles consecuencias que traería y que Carolina... no comprendía. Ella se juraba que siempre sería la misma, una jovencita con las ideas claras, soñadora, pero con los pies en la tierra, que desde luego manifestaba una madurez impropia para su edad.

Lorena y ella se conocían desde el jardín de infancia. Ambas con dos años, por circunstancias laborales de sus padres, coincidieron en la misma aula y, como uña y carne, se hicieron inseparables. Lo único que se entrometía entre ellas eran los tres largos meses de verano, en los que debían separarse.

Aquel martes, 9 de septiembre, cargadas de ilusión y emoción ante su primer día de instituto, Carol y Lore se encaminaban con tiempo de sobra hacia el instituto Isla de la Esperanza, una

edificación discreta, que no contaba con grandes avances tecnológicos y que, desde luego, no estaba a la vanguardia comparándolo a los otros dos institutos. Pero no por ello lo iban a desmerecer, a fin de cuentas, lo que Carolina quería ser de mayor iba ligado estrechamente a la ciencia más exacta que existe: las matemáticas, y estas son iguales en un instituto a la vanguardia que en uno retrógrado, lo importante eran las personas que impartían la materia y ella tenía buenas referencias de los profesores que daban las clases en el Esperanza.

—¿Te has traído algo de almuerzo? —preguntó Lorena rompiendo el espeso silencio.

Las chicas no se habían vuelto a ver desde el último día de curso, y se les hacía un poco extraño romper aquel hielo una vez volvían a coincidir tras tres largos meses. Ambas tenían teléfono, pero Lorena se pasaba más de la mitad de las vacaciones castigada sin poder utilizarlo, y Carolina veraneaba en el pueblo leonés de su bisabuela Tasia, concretamente en Mansilla de las Mulas, y no es que en aquel lugar abundaran precisamente repetidores que dieran una señal de internet medio decente. La juventud, hoy por hoy, ha olvidado lo que es una llamada telefónica, el uso de WhatsApp es lo que está de moda y sin dicho servicio parecía imposible la comunicación con otros lugares del mundo, por ello que... el contacto entre ellas era casi efímero durante el verano.

—Lo cierto es que no —respondió Carolina—. En el cole nunca lo llevábamos...

—¡Ahora ya no estás en el colegio! —chilló con enfado Lorena, dejando a Carolina un tanto cortada, al no esperarse una reacción como aquella.

—Lo sé —repuso con timidez.

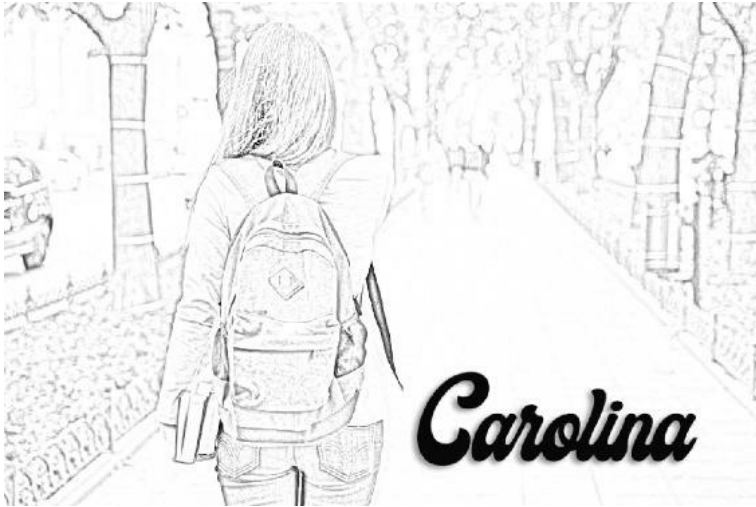
Era consciente de que les costaba volver a retomar la rutina después de tantos meses de por medias sin tratarse, pero no recordaba que su amiga le hubiera levantado la voz jamás.

—Ponte las pilas, Carol —advirtió.

Los ojos de Carolina se abrieron como platos con aquel comentario.

Recordó que le había contado, entre WhatsApp y WhatsApp, que había comenzado a salir, con el permiso de sus padres, con más asiduidad que de costumbre y que había conocido a un grupito de chicas y chicos que frecuentaban lugares para niños más mayores que ellas, mantenían conversaciones y hacían según qué cosas... poco... adecuadas, al menos, bajo el crítico punto de vista de Carolina, teniendo en cuenta la edad que tenía Lorena, tan solo doce años, aunque ella era de las mayores, es decir, de las nacidas en enero.

Puede que aquellas dos frases que acababan de compartir estuvieran mal influenciadas por esas nuevas amistades de su amiga, pero Carolina no veía más allá de ese simple hielo que tanto les costaba romper tras las vacaciones.



Por ello, decidió hacer oídos sordos al último comentario de su amiga y continuar caminando enganchada con las dos manos a las asas de su mochila.

Lorena miró de reojo a su amiga, observando el porte tan habitual en ella: infantil y desenfadada, vestía con vaqueros azules sencillos y rematados en dobladillo por debajo, que conjuntaban perfectamente con la camiseta de manga corta en tonos rosados y esa... cazadora vaquera que ya le iba estrecha. Unos playeros sencillos y decolorados de mil usos terminaban de conformar el conjunto.

—Tu cumple no es hasta dentro de casi tres meses —evidenció Lorena.

Ese comentario hizo reír a Carolina.

—Lo sé —dijo entre risas—. Pero gracias por recordármelo —bromeó.

Pero el gesto de Lorena se endureció, no estaba haciendo un chiste.

—No puedes esperar a tu cumpleaños para renovar tu aspecto —comentó con dureza en el tono.

Carolina, sin volver la mirada hacia su amiga, se observó a sí misma de arriba abajo, preguntándose por qué debería cambiar su aspecto.

—Llevas con la misma mochila desde quinto de primaria —comentó señalándola—, y te la has atrincherado a la espalda de tal forma que parece el caparazón de una tortuga. Tienes que soltarla un poco... —Tomó la mochila de su amiga y liberó la correa, dejándola caer hasta que le cubrió todo el trasero—. Y ahora... —Descolgó uno de los tirantes del hombro de ella—. Llévala de lado, colgada tan solo por un hombro.

—Es... incomodísimo. Y hoy solo llevo una libreta y el estuche, pero a partir de mañana, cuando la lleve llena de material escolar, no sé si me arreglaré...

—¡Eres muy cateta, Carolina! —gruñó con rabia Lorena, dando un par de pasos al frente, distanciándose a propósito de su amiga—. ¿Nunca has oído decir que para presumir hay que sufrir?

Carolina frunció el ceño. No se mostraba enfadada, pero sí algo molesta: su mejor amiga acababa de llamarla cateta, eso era un insulto.

Trotó recortando la distancia que Lorena había puesto entre ambas y, consciente de que a escasos metros alcanzarían las puertas del instituto, quiso cuestionar en voz alta la amistad que habían tenido durante diez largos años.

—¿Quieres que cambie de aspecto y te resulto una cateta? —preguntó, aunque estaba claro que

era una cuestión retórica—. Creí que nuestra amistad lo podía todo, pero hoy te la cuestionas por algo tal pueril, insignificante y material como mi ropa o mi mochila.

—Las cosas han cambiando este verano, no cuestiono nuestra amistad, pero es que...

—¿Qué? —animó Carolina, mirando fijamente a su amiga con aquellos enormes ojos castaños, esa sonrisa siempre latente en su rostro, ese angelical gesto de amabilidad y sencillez destacando por encima de todo malestar que pudiera estar sintiendo ante aquella inimaginable situación.

—He hecho nuevas amistades.

Carolina se encogió de hombros con gesto de indiferencia, ¿qué importancia tiene que haga nuevos amigos? Ella también tiene a sus amigos del pueblo, a los que tan solo ve en verano, y no por ello les debe una exclusividad que implique anular a Lorena de su día a día.

—No lo comprendes porque eres demasiado infantil e inmadura —repuso ante el gesto de indiferencia, mezclado con incertidumbre, que mostraba Carolina.

—Tanto como puedas serlo tú. Tenemos la misma edad.

—No, yo soy de enero, prácticamente un año mayor que tú.

—¿Desde cuándo ese dato numérico ha sido relevante para nuestra amistad?

—¿Te escuchas cómo hablas? ¿Con todo ese vocabulario rebuscado? Te expresas...



—Como una cateta —remató

Carolina por ella.

A lo que su amiga asintió sin cortarse lo más mínimo.

Carolina no quería dejar pasar aquello sin más. Ciertamente, su amiga tenía un aspecto de chica mucho más madura que ella, siempre vestía a la última y su cuerpo estaba más desarrollado que el suyo, pero no creía que eso le diera derecho a cuestionar hasta su forma de expresarse.

—Me gusta leer, tengo mucho vocabulario porque he crecido rodeada del talento de escritores que han guiado mi corto camino en esta vida, y que desde luego no me han enseñado nada malo, sino que por el contrario jamás se me ocurriría despreciar a alguien que ha sido una amiga desde que tengo uso de razón, influencia negativa que tú si has recibido este verano. ¿Se puede saber

quiénes son esos que has conocido?

En ese instante un brazo rodea el cuello de Lorena y un sonoro beso le hace ventosa en la rechoncha mejilla. La artífice, una cría de unos catorce años que mira de soslayo a Carolina, y así... parece que Carol recibe respuesta a su cuestión. Tras aquella muchacha de catorce, otras dos más, de aspecto y edad similar, se acercan a su amiga Lorena y la besan como si llevaran años sin verse.



Carolina espera paciente a que su amiga haga las presentaciones. Parece que aquellas tres son sus nuevas amistades, pero lejos de recibir el reconocimiento que merece...

—¿Ya sabes qué clase te toca?! —pregunta chillona una de aquellas tres nuevas amigas a Lorena.

—No. Por eso he venido primero, para comprobarlo...

—Hemos —interrumpe Carolina corrigiendo a su amiga—. Hemos venido juntas un poco primero a comprobar si nos toca o no juntas.

De las tres amigas, la morena de larga melena negra y curvas de modelo de pasarela, pero fea como un bulldog, la mira con hosquedad y la chequea de arriba abajo con descaro, dejando a Carolina claro con cada gesto que hace que no aprueba su aspecto.

—¿Todavía estáis con ese rollo de crías, de ir juntas a clase? —comenta con desprecio la primera de las tres estúpidas amigas que le plantó aquel fuerte beso a Lorena en la mejilla, con aspecto de líder y ganas de aparentar más edad de la que realmente tiene con el excesivo maquillaje que Carolina está segura de que ni su propia madre aprueba y se lo pinta al llegar al instituto—. Las mujeres de carácter fuerte como el nuestro no necesitan aferrarse a nada ni a nadie.

«¿Mujeres de carácter fuerte?». Carolina estaba alucinada con la cantidad de chorradas que

soltaban por la boca aquellas divas que habían absorbido el cerebro de Lorena.

—¡Claro que no, tía! —se defiende torpemente Lorena, echándole una mirada de reojo nada amigable a Carolina.

—¿Por qué mientes? —pregunta Carolina haciendo alarde de su pasmosa tranquilidad—. ¿Para ser amiga de ellas tienes que mentir, ser de una manera distinta a la que has sido toda la vida, vestir diferente, dañar a quienes hemos estado a tu lado siempre?

No es que aquellas palabras no llegaran al corazón de Lorena, pero es que en aquella etapa de cambio que estaba viviendo, sentía que la sobrante era esa amiga que había crecido junto a ella, no las divas que el destino había puesto en su camino aquel verano.

—Nos vemos por el recreo, Carol —escupe Lorena volviéndose y caminando escaleras arriba.

—No te despidas de mí tan pronto. —Carolina y su inocencia la hicieron volver a trotar hasta posicionarse junto a su amiga de toda la vida—. Tal vez nos ha tocado en la misma clase. —Sonrió mirando fijamente a los negros ojos de Lorena, pero, para su pesar, observó la nada reflejada en ellos, y de reojo fue testigo del desagrado que originaba en las nuevas amigas de Lorena su actitud infantil.

Ante el listado de aulas, Lorena rezaba en sus adentros para que Carolina y ella no coincidieran en clase. Sería una forma de intentar mantener distancias y hacer aquel adiós un tanto más llevadero, pero el rezo contrario era el de Carolina deseando que el destino siguiera jugando a su favor y dejara a su amiga junto a ella. Optimista, creía que podría recuperarla, en esta ocasión aquellos tres largos meses de verano habían sido condenatorios para la relación de ambas y sentía la imperiosa necesidad de hacer algo para solucionarlo.

—Pues no os ha tocado juntas. —Con tono de burla, la que quedaba por hablar de las tres desagradables nuevas amigas de Lorena abrió la boca, dejando claro que era la pardilla del grupo. Con aquel aspecto de chica rellenita, gafas y pelo afro, necesitaba formar parte de algo, aunque ello implicara ser la criada de aquellas otras dos.

—¿Alguien te ha dicho que hables? —comentó con cara y tono de desagrado la diva besucona de mejillas mirándola con desdén.

Quedaba patente la teoría de Carolina, que había sido capaz de determinar sus roles con tan solo escuchar una breve frase de cada una de ellas.

—No —respondió la pardilla rechoncha reclinando el rostro.

—No importa quién dé la noticia, sé leer, me hubiera enterado de todas formas —reparó Carolina en lo absurdo de aquella discusión—. Casi es mejor así —comentó sonriente por fuera, aunque herida por dentro—, que no coincidamos en clase —concretó, para sorpresa de todas y más para Lorena. Carolina se colgó la mochila de ambas asas, como a ella le gustaba, tiró de las cinchas y se la ajustó a la espalda.

Con paso firme cruzó las puertas del instituto Isla de la Esperanza, con la cabeza bien alta. Ella no era la que tenía que avergonzarse de nada.



—Sí, es mejor así, ya no tenemos nada en común. —El orgullo de Lorena le impidió cerrar la boca y dejar a su amiga marchar con aquella apariencia de estar entera pese a tanto desprecio.

El comentario detuvo un instante el avance de Carolina. Le resultaba inverosímil que la persona que a su espalda le clavaba aquel puñal tan doloroso pudiera ser la misma a la que quiso como a una hermana, y así de un minuto para otro debía asumir aquella indiferencia.

—Cuidado con lo que siembras, Lorena. —Carolina decidió que no iba a quedarse callada. La situación le parecía humillante y por ello ya avanzaba en dirección a su clase, pero sabía que la estaban escuchando, puede que quedara como una cobarde por no encararse a Lorena, pero sus últimas palabras..., sabía que las escucharía y esperaba que con el paso del tiempo hicieran mella en ella—. Todo acaba por llegar, para bien o para mal, eso ya... lo elegimos cada cual, con nuestros propios actos, y muchas veces nos vienen de quien menos lo esperamos y como menos lo esperamos, así que no desprecies por sistema a todos los que te hemos rodeado toda tu vida, ya que algún día... podrías tener que pedirnos ayuda —advirtió apresurando el paso y...

¡ZASCA!

El traicionero destino que siempre estaba al acecho sobre ella hizo que se le cruzara un chico corriendo hacia un grupo que lo saludaba con energía ante su llegada, provocando que Carolina se fuera de bruces contra el suelo, generando una estrepitosa carcajada en todos a su alrededor.

Se levantó como un resorte. Claro que sintió cierto pudor ante la situación, pero, sin hacer mucho caso a las carcajadas que giraban en torno a su espectacular caída, continuó su marcha, roja de rabia por lo patosa que se sentía, hacia el aula que había visto en la lista que le correspondía. Solo tenía que huir del lugar para que las risas desaparecieran.

Y es que Carolina intentaba luchar contra su propia idiosincrasia. Por más que prestaba atención a su alrededor, siendo consciente de su torpeza..., no hacía más que toparse con las mismas piedras de siempre, hiciera lo que hiciese.

Lorena se quedó sin habla ante la visión de su amiga. Ya estaba acostumbrada a esas caídas, aunque no a quedarse impasible ante ellas sin reaccionar. No podía..., ya que de haberlo hecho se hubiera quedado fuera de su nueva cuadrilla, ayudar al pobre desvalido no era aceptado dentro de su grupito.

—Ya te dije que si quieres destacar en el instituto no puedes relacionarte con alguien tan cutre —enunció con asco la besamejillas observando el perfil de Carolina desaparecer—. Ahora estás con nosotras y, como verás..., no hay color. —Rodeó de nuevo los hombros de Lorena, y esta, sin

mostrar ni un ápice de lástima, rio ante sus comentarios y obvió la advertencia de Carolina, palabras que no volvería a escuchar hasta muchos años después.

Capítulo 1

Carolina, en el presente, septiembre

Así recordaba su primer día de instituto dos años atrás, y hoy, frente a la puerta del mismo, suspiraba para sus adentro con la clarividencia de que había tomado a lo largo de su vida las decisiones adecuadas, aquellas que la habían llevado a estar a un paso de iniciar sus prácticas como profesora en el mismo centro en el que había estudiado.

—La de vueltas que da la vida —reflexionó en voz alta.



Carol había pasado de ser aquella niña corriente que vestía con unos simples vaqueros, camisetas de mangas cortas y sudaderas, con la mochila bien amarrada a su espalda, a ser una mujer de veinticuatro años alta y esbelta, siempre a la moda. Había aprendido a valorar a lo largo de los años las cosas superficiales como la apariencia de

cara al público, disfrutaba vistiendo a la última y arreglándose cada mañana antes de salir a comerse el mundo, aunque ciertamente observaba un pequeño fallo en sí misma, y es que Carolina, por mucho maquillaje que se aplicara o muy bien vestida que quisiera ir, siempre sería ella misma por dentro, una chica despistada y alocada a la que no le afectaba la opinión de los demás, lo que una vez una amiga, de forma cariñosa, intentó mitigar explicándole que sus personajes favoritos en las novelas eran aquellos que se asemejaban a ella, que dicho género era el chick-lit, y que eso la convertía en su persona favorito en el mundo real. Pronto aquellos que no sepan lo que significa este término lo sabrán a través de esta... la historia de Carolina.

Sabía que un par de jóvenes preadolescentes la observaban desde la puerta principal. Parecían ansiosos por verla ascender la escalera, y que esto les diera acceso a poder chequearla de arriba abajo era el hándicap de trabajar con la juventud, cuyas hormonas revolotean constantemente. Carol era consciente de que con el paso de los años se había convertido en una mujer atractiva, se ganaba piropos allá por donde pasaba, y tenía la corazonada de que aquellos dos futuros alumnos



esperaban a tenerla
soltarle alguno.

más a tiro para

Se sentía eufórica: haber madrugado estaba dando su fruto, había logrado la mejor plaza de aparcamiento, frente a la mismísima puerta principal, orgullosa de poder lucir sus preciosos zapatos de tacón que estilizaban sus largas piernas. Había descendido del vehículo, y allí, con un pie a punto de posarse en el primero de los escalones que le darían acceso al hall de entrada al centro...



—Piiii, piii, piii... —El estruendoso pitido de un vehículo a su espalda le hizo pegar un bote exaltada, borrando de un plumazo sus pensamientos—. ¡¿Quién ha sido el cretino que ha aparcado en mi plaza?!

La voz de aquel gruñón se ganó un rechazazo visual por parte de la cretina, en femenino, que había ocupado su plaza sin querer. Carolina, lejos de sentirse humillada, frunció el ceño mientras se acercaba al grueso hombre de bigote señorial y aspecto malhumorado.

—Aquí presente. —Se inclinó ligeramente hacia la ventanilla, con una sonrisa que la caracterizaba—. No sabía que la plaza estuviera reservada para nadie, es más..., me sentí afortunada por haber aparcado tan bien —confesó con sinceridad.

El hombre, asombrado por el aspecto de la joven, se quedó sin palabras. Llevaban muchos años sin recibir profesores en prácticas, después de todo, la ciudad tenía tres institutos y el Esperanza era el menos agraciado. Por ello, nadie solía solicitar la plaza, todo profesor joven quería estrenar su profesión en una edificación con tecnología punta y a la vanguardia. El Esperanza tenía la suerte de que sus veteranos profesores eran extraordinarios y fieles, y no se dejaban embelesar por las ofertas de los otros centros, hecho que seguía siendo motivador para los padres, que seguían eligiendo aquel instituto por ello... Gerónimo, el director del centro que tan fuera de lugar acababa de llamarla cretina delante de sus futuros alumnos, cuando recibió la solicitud de Carolina no imaginó su aspecto ni por asomo, parecía obvio preguntarse por los intereses personales que pudiera tener para ir a parar a aquel instituto tan arcaico.

Pregunta que, si hubiera llegado a formularle a Carolina, esta le hubiera respondido con el mismo criterio que la llevó a elegirlo cuando era niña: no era el centro en sí lo que la atraía, sino el profesorado y la enseñanza que se impartía en él. El instituto Isla de la Esperanza tenía algo especial que ella ya había detectado en su niñez, y creía que ahora, siendo adulta, podría incluso ayudar a mejorarlo.

Aquel par de jóvenes, que no esperaban el ascenso de la muchacha por la impetuosa escalera para piroppearla como ella hubiera jurado que sucedería, sino que lo hacían de manera azorrada, cruzando los dedos deseosos de que Gerónimo llegara a tiempo y observara su plaza ocupada, ya que eran conocedores de la ira que le iba a producir, ahora reían ante dicha burla.

Para Carolina, que los demás se rieran de ella no era nada nuevo, aunque ella prefería pensar que se reían con ella y no de ella, y esa actitud la hacía enfrentarse a su día a día con más ímpetu.

—En ningún sitio he visto que indique que es una plaza reservada —comentó con agudeza.

—Ya..., bueno..., es que... —Gerónimo enrojeció de vergüenza. Dicen que la confianza da asco y aquel era un claro ejemplo, el director imaginó que alguien conocedor de que aquella era su plaza estaba tomándole el pelo al regreso de las vacaciones, en ningún caso imaginó que su nueva profesora en prácticas fuera la causante de su malestar. De haberlo sabido, no hubiera reaccionado de semejante modo, a eso... se lo denomina hipocresía—. Hace años que se borró el grabado pintado en el asfalto y no lo hemos vuelto a pintar porque aquí todos saben que es mi plaza.

Con dicho comentario, Carolina no pudo evitar echarles una mirada de reojo nada amigable a los dos muchachos que esperaban en la puerta principal, muertos de la risa, comprendiendo el motivo de su expectante espera cuando la vieron aparecer.

—Bien. Ahora ya lo sé —concluyó ella—. Enseguida aparto mi vehículo.

—De acuerdo. Gracias —fue lo único que Gerónimo acertó a decir, antes de subir la ventanilla ocultando la vergüenza que sentía por su comportamiento.

Carolina maldecía por dentro, pues observaba con frustración que todas las plazas se iban llenando con rapidez. En aquel centro tan solo había una veintena de aparcamientos dentro del recinto y, de no madrugar y ocupar una plaza el primero como había pretendido, le tocaba estacionar en los alrededores. Ello suponía un buen paseo, que sus tortuosos zapatos le iban a recordar a cada paso.

Cuando finalmente logró alcanzar la puerta principal del centro, llevaba la bolsa colgada de un asa al hombro y ambos zapatos en sus manos, dejando evidenciado que no había soportado todo el trayecto subida a los mismos. Accedió al hall de entrada agradeciendo que los profesores tuvieran una entrada independiente a la de los alumnos, puesto que estos ya se atrincheraban en la de ellos y empujaban como los toros del San Fermín preparados para recorrer al trote las calles de Pamplona.

—Es lo que tiene llegar a la misma hora que los alumnos, por eso me había propuesto madrugar. —Suspiró con resignación ante sus propias palabras, se calzó los zapatos para no pasar el pudor de entrar descalza, comprobando que le hacían daño, pues le habían generado rozaduras en el trayecto—. Tendría que habérmelos quitado primero, ¡maldición! —Echó aire de manera ruidosa por la boca—. Mañana vengo en bicicleta —concluyó.

Caminó unos pasos con una mueca de dolor en el rostro. No le iba a quedar otro remedio que proceder con su plan B, aunque ello le estropeará el modelito.

Al entrar en el hall veía aquella imagen de decenas de preadolescentes amotinados a la puerta, esperando a que alguien girara la llave y abriera dándoles acceso al interior del centro. Era una de las evidencias más absurdas que se puedan imaginar: peleaban entre ellos de manera encarnizada por entrar, cuando minutos después estarían suplicando por irse.



—La culpa la tiene el mundo en el que vivimos, la competitividad que nos inculcan de manera abstracta desde el día que nacemos.

Recordaba muy bien aquella y otras muchas ironías de su infancia y preadolescencia, las aglomeraciones en la puerta principal, y en aquellas clases de educación física grupales...

Capítulo 2

Hace 12 años, en aquellos inicios de instituto

Carolina superó los siguientes días con el talante optimista que la caracterizaba. Las clases cargadas de novedades la ayudaban a estar distraída, pero el decaimiento por el abandono repentino de la que había sido su única amiga durante toda su vida asomaba con los recreos, estos se le hacían eternos pese a que la duración era de escasos veinte minutos.

—Los minutos más largos de mi existencia —se decía a sí misma.

Miraba a su alrededor buscando entre aquellos corrillos de amigos y amigas alguna cara conocida que la rescatara de su soledad. Algún recreo lo pasaba rodeada de los que eran sus amores platónicos: los libros. Acudía a la biblioteca y sumergía su solitaria existencia entre páginas cargadas de aventuras, emociones y vivencias que anhelaba vivir en su día a día.



Con la llegada del ecuador de la semana, también llegó el temido día en que coincidiría de nuevo con la que, un día, había sido compañera y confidente. La clase de educación física se desarrollaba conjunta para los tres cursos que conformaban primero de la ESO, por ello, inevitablemente tendría que volver a ver a Lorena. Tras la horrible despedida que tuvieron el martes, se prometió madrugar y acudir al instituto con antelación suficiente para no cuadrar ni con

ella ni con su nueva cuadrilla a las puertas del centro, pero el temido jueves había llegado y no tenía ninguna idea para dar esquinazo a aquel temido reencuentro.

—¡Atención! —chilló el profesor, generando en Carolina una sensación de incomodidad, ya que no veía necesario el uso de los gritos para hacerse respetar—. ¡Vamos a pasar lista! —chilló de nuevo aquel hombre.

Los nombres salían de la boca de aquel individuo como si escupiera fuego, quería hacerse respetar desde el primer día con aquella absurda armadura de general de guerra.

—¡Anastasia!

—Ana, si no le importa. —Por la puerta de los vestuarios, Carolina observó salir a una niña equipada para correr la media maratón, no le faltaba ni la cinta que se colocaban los deportistas para recoger las gotas de sudor alrededor de la frente.

—¡Llega tarde! —chilló el general de los ejércitos.

—Normal —repuso aquella niña sin inmutarse por el gesto hostil del profesor—, es imposible que en cinco minutos salga de mi clase anterior, llegue al vestuario, me cambie de ropa y esté firme frente a usted mientras pasa lista. Y, según calculo —observó su reloj de muñeca, no había que entender de relojes para saber que aquel era un Polar de esos que te medían hasta las pulsaciones al minuto —, es imposible que llegue a mi siguiente



clase tras esta a tiempo si pretendo ducharme.

El profesor emitió algo similar a un gruñido. Por un lado, quería rebatir a aquella niña,

castigarla por llegar tarde y osar replicarle, y por otro..., la realidad es que de todos los alumnos presentes, que en suma eran más de noventa, Anastasia, quien prefería que la llamaran Ana..., era la única que había hecho las cosas correctamente tratándose de la clase de educación física, donde es primordial que los alumnos comprendan la importancia de la higiene en el deporte, epígrafe presente en la programación del curso.

—Ponte con el resto —dijo él sin tono brusco.

Carolina sonrió mirando hacia aquella niña. Se había convertido en su ídolo, no solo por haber logrado que el profesor por fin bajara el tono, sino porque indudablemente tenía una personalidad fuerte e infranqueable. Por el contrario, los murmullos entre las masas la criticaban por su atuendo deportivo y su implicación en las normas.

Una vez finalizó aquella tortura de pasar lista a los más de noventa alumnos...

—Hoy es el primer día y, por tanto, de toma de contacto. Os agruparéis en parejas y haréis juego libre siempre que esté relacionado con un deporte. Al fondo tenéis material para bádminton, fútbol, pimpón, petanca, etcétera... Elegid vosotros. El próximo día será el lunes, y os recomiendo que toméis nota de Anastasia, es la única que ha hecho lo correcto. La higiene deportiva es puntuable y valorable en la nota media.

Hubo un revuelo general. Amigos y amigas se fueron reagrupando, y Carolina volvía a sentirse como en los recreos, sola y desamparada. No tenía pareja, aún no había tenido tiempo de hacer amistades dentro de su propia aula, al menos una amiga o un amigo que quisiera hacer pareja con ella cuando lo dispusieran los profesores.

Miró a su alrededor y sus ojos conectaron con Lorena, quien sonrió con soberbia y avanzó en su dirección.

—Haré pareja contigo. Qué remedio. —Se cruzó de brazos y miró a Carolina torciendo el labio, dejando evidenciado que le estaba haciendo un grandísimo favor.

Carol meditó un instante. Si Lorena estaba haciéndole dicha ofrenda, después de lo vivido con ella desde el martes, tenía que ser con segundas intenciones, pues esta había roto todo lazo de unión con ella, ni tan siquiera respondía a sus WhatsApps o llamadas, en los recreos tenía claro que se escondía de ella porque no la había visto por ninguna parte del patio, ya no se esperaban como de costumbre para acudir juntas al centro... Elevó la mirada y miró más allá. Observó a Anastasia haciendo estiramientos, bastante despreocupada por el hecho de que no tenía aún pareja, la niña tan solo estaba concentrada en su calentamiento muscular.

—¿Qué deporte quieres hacer? ¿Te va bien el fútbol? Así solo tendremos que pasarnos la pelota con pequeños toques —comentó Lorena con desinterés, mirando fijamente su manicura y dando por sentado que Carolina aceptaría su limosna de ser su pareja.

—Creo que me pides que sea tu pareja porque tus nuevas amigas son de cuarto, no de primero, y estás tan desesperada por encontrar a alguien como yo. Pero no tienes agallas para reconocerlo y me haces ver que me haces un favor tú a mí. —La esquivó tras dicho comentario—. Ahora ya sabes lo que me estás haciendo sentir a mí cada día desde que ha comenzado el instituto.

Avanzó hacia Anastasia.

—Hola, Ana. Me llamo Carolina, me gusta que me llamen Carol. ¿Haces pareja conmigo? —se atrevió a preguntar.

—Vale —respondió sin más.

—¿Qué deporte quieres que practiquemos?

—Bádminton. —Ana miró a los ojos de Carolina con auténtica pasión, quedaba claro que de todos los deportes ese era su favorito.

—Por mí, vale. —Carol elevó la mano para enfatizar su respuesta y señaló con ella hacia los armarios, que estaban siendo asaltados.

Las dos niñas se dirigieron hacia la cola que se había formado para adquirir su material, e intercambiaron un par de frases más, que marcarían a Carolina para siempre:

—Vas muy preparada. Te has ganado un positivo del profesor —sonrió Carolina con elocuencia—. Yo adquirí en el cole la costumbre de acudir el día que toca educación física con chándal y ducharme al llegar a casa.

—Yo nunca he hecho eso. Ni el colegio. Al principio, de más pequeña, sí, porque mi madre no comprendía lo que significaba para mí el deporte en todo su esplendor, incluyendo la higiene deportiva, es más..., creo que sigue desconociéndolo —explicó—, viendo las broncas que me echa porque yo sola lleno una lavadora. —Se encogió de hombros e hizo reír con ganas a Carolina—. De mayor seré campeona olímpica de bádminton —evidenció, ampliando la sonrisa de Carolina.

Esta se sentía afortunada por el descubrimiento que había hecho, aquella niña entre casi el centenar que abarrotaba aquel polideportivo era diferente, como ella, y harían pareja juntas.

—Parece que tienes tu futuro muy claro.

—¿Acaso tú no?

Carol no lo pensó demasiado.

—Sí. Tengo claro que seré profesora de matemáticas y que ejerceré en este mismo instituto. Si todo va como creo y no hay sorpresas, creo que eso será dentro de doce años —concretó—. Deportivamente, no seré campeona olímpica como tú; se me da bien el deporte, aunque no me gusta practicarlo. Espero verte lograr esa medalla algún día —deseó.

Anastasia asintió, dando por buenas las palabras de su nueva amiga.

—¡Nos toca! —chilló Carolina eufórica y casi ensordeciendo a Anastasia, dejando evidenciadas las ganas que tenía de jugar al bádminton con la futura campeona olímpica.

De una zancada alcanzó el armario y tomó dos raquetas y pelotas redondas y amarillas, no sin antes liarla parda, pues fue a tomar las raquetas de más abajo. Carolina era así, no medía bien su energía, la cual siempre era rebosante y eclipsante para los demás. Tomaba las decisiones sin arrepentimiento, así que enganchó el mango de dichas raquetas con una sola mano y tiró de ellas con ímpetu, a la vez que tomaba con la otra el bote con pelotas y se volvió hacia Anastasia...

—¿Qué raqueta quieres?!

Pum, pum, pum...

Tras ella, comenzaron a caer en cascada todos los objetos contenidos en aquel armario. Los ojos de Carolina se abrieron como pancartas luminosas ante el sonido ensordecedor que duró casi diez segundos, y no necesitó volverse y observar de dónde provenía, ni... quién era la responsable...

Suspiró con fuerza, buscando la mirada del sargento de hierro que le impartía aquella clase de educación física.

—Lo recojo ahora mismo —se ofreció sin vacilar. Después de todo, le iba a ordenar que lo hiciera de todos modos y el carácter de Carol no era echar la culpa a otro y escurrir el bulto.

El profesor, pasmado, no dijo nada, se quedó con ojos inexpresivos y con el silbato casi caído apoyado tan solo en su labio inferior. Aquella muchacha acababa de ser fichada como la más torpe de la clase, así que tendría que marcarla de cerca o se cargaría el material deportivo, que, dadas las circunstancias económicas que rodeaban al Esperanza, jamás vería repuesto.

—De acuerdo, por esta vez pase solo con que lo recojas. Para la próxima, lo que se deteriore

por mal uso, ¡y este aviso es para todos!, deberéis abonarlo o reponerlo. ¡¿Entendido?! —Miró furibundo a Carolina.

Ella asintió sin sentir pavor por aquella amenaza. Sus padres estaban acostumbrados a que la chica acudiera a ellos desolada por haberse cargado mobiliario escolar, ¡vamos!, que no sería la primera vez, y es que Carolina no podía evitar ser como era, quería pasar desapercibida y por más que lo intentaba parecía que el universo se alineaba para que consiguiera todo lo contrario y ser el centro de atención.

—Tienes razón, los deportes no solo lo tuyo. —Anastasia observó con disgusto la raqueta y las pelotas que Carolina tenía entre sus manos—. Las raquetas son de pádel, y las pelotas, de tenis —evidenció.

Su nueva amiga, lejos de burlarse o sentirse avergonzada por tener una compañera patosa y despistada, se centró en ella como si nada hubiera sucedido.

—Te ayudo a recoger esta liada —se ofreció, sin denotar ni un ápice de pesadumbre, disgusto o imposición, y si es que lo tenía, supo disimularlo bien e hizo ver que lo hacía de mil amores.



Anastasia consideraba que las buenas personas escaseaban en el mundo y creía que tenía frente a sí a una de esas rarezas de la naturaleza. No iba a dejarla de lado porque en lugar de manos tuviera pezuñas, le gustaba mucho leer y tenía la palabra exacta que definía a aquella joven en la punta de la lengua, pues representaba a su perfil de personaje favorito de las novelas.

Una sonora carcajada salió de detrás de ellas cuando Anastasia se reclinó y comenzó a recoger el material desparramado por el suelo junto a Carolina. Era Lorena, en la cola, tras ellas, que había sido testigo de las confesiones entre ambas y ahora del ridículo de su amiga una vez más. Aquella chica que había considerado un lastre en su vida, ahora que ella conocía lo que era tener amigas de verdad, que movían el mundo solo con sus contoneos de cadera, no como Carol, que no hacía más que meter la pata en todo cuanto hacía o decía, a quien consideraba muy ducha con la palabra, pero a la hora de la verdad era patosa y despistada, y encima..., orgullosa de ello, jamás reclinaba el rostro con pesar y vergüenza por ser como era, sino que tenía que soportar que sacara pecho y admitiera su culpa. Aquello desquició en más de una ocasión a Lorena, quien se vio en la situación en que ahora observaba a esa tal Anastasia, y se alegraba de que no hubiera aceptado, hacía escasos minutos, su proposición de formar pareja con ella. Obviamente, de haberlo hecho, posiblemente hubiera sido ella quien ocupara ahora el lugar de Anastasia...

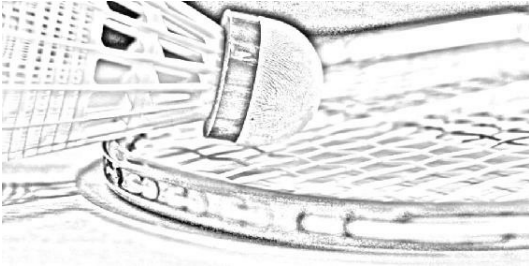
—Gracias, Ana, lamento haberme equivocado cogiendo el material... —Carol miró los

objetos que tenía entre sus manos y alzó la vista hacia su nueva amiga. Echó un vistazo tras ella comprobando que aquella risa era de quien creía: Lorena, pero no se dejó amedrentar por ello; de haberlo hecho, Carolina no sería como es, aquella sonrisa que la caracterizaba jamás desaparecía de su rostro, y mucho menos por un abusón o abusona—. ¿Me enseñarás? —inquirió con humildad.

—Será un placer —repuso Anastasia, aceptando la humildad de su nueva compañera de educación física.

—Siempre haciendo el ridículo —murmuró Lorena, al observar que de nuevo no reclinaba el rostro con vergüenza, sino que sonreía como una estúpida ante sus propios errores.

—Chick-lit... —Anastasia recordó el género literario que definía el tipo de novela que le encantaba leer. Tenía claro que no iba a dejar correr las risas y comentarios de aquella niña tras ella, a la que no conocía de nada, pero parecía obvio que Carolina, sí. Se giró y dijo aquella palabra mágica que se grabó a fuego en ambas examigas: Carolina y Lorena—. Lo que tú denominas ridículo, es lo a mí me encanta encontrarme en el mundo de ficción cuando leo, y... —miró sonriente a Carol—, aunque aún no conozco a Carol de forma personal, me siento afortunada porque creo que de hoy en adelante viviré en mi vida real junto a ella las mismas aventuras que me gusta leer en las novelas chick-lit —desvió su mirada de nuevo hacia Lorena—. Carolina tiene y transmite algo especial, y eso... a la larga la hará ser diferente, cosa que tú no lograrás porque tienes pinta de conformarte con ser del montón..., como las demás —concluyó.



Le dio la espalda sin ofrecerle pie a rebatir, creía que tendría bastante con analizar la palabra que había aportado y de la que estaba segura que no conocería su significado, ya que, para ello, tendría que gustarle leer y no tenía mucha traza de ello, y continuó con aquella ardua tarea de recolección de objetos desparramados por el polideportivo.

Una vez terminaron, tomó la equipación correcta, y con un gesto de cabeza invitó a Carol a que la siguiera hacia la pista de bádminton.

Capítulo 3

Lorena, en el presente, septiembre

Iba a ser algo humillante, aunque la consolaba que no habría nadie que la pudiera reconocer después de tantísimos años.

No recordaba el primer día de instituto a los doce de igual modo.

Había que ganarse la vida, su madre siempre le repetía de niña que, si no estudiaba y se forjaba un futuro, solo le quedaría ocupar aquellos puestos de trabajo que nadie deseaba.

¿Qué joven escucha a sus padres con doce años, incluso con quince o con dieciséis?

Ella solo deseaba ser popular por aquel entonces, cómo iba a imaginarse su futuro doce años después.

Lorena había sido madre adolescente y el padre de la criatura era un misterio. Sus padres la ayudaron cuanto pudieron, pero ya tenía veinticuatro años y su hija unos ocho, y al inicio de aquel verano Lorena había decidido buscar un apartamento para ella y su hija, y emanciparse. Por ello... había que trabajar, fuera de lo que fuera, y en el Instituto de la Esperanza había un puesto de limpiadora esperando a que ella lo ocupara.

Con aspecto afligido suspiraba frente a las mismas escaleras en las que años atrás había tratado como un trapo a la única amiga que había tenido de verdad, de esas cuyo amor es incondicional y desinteresado, aquella que... en cierto modo le advirtió de la mala energía que se estaba dedicando a airear.

En su momento, cuando intentó dar marcha atrás y retomar su relación con Carolina, ya le resultó imposible, ella... ya no estaba por la labor de darle una nueva oportunidad a alguien tan egoísta como para infravalorarla únicamente por su falta de madurez, la cual, hoy por hoy, Lorena es consciente de que termina por llegarles a todos.

Vio cómo su amiga Carolina se había apoyado en Anastasia y en cuestión de dos años se convirtió en una jovencita que llamaba la atención, pero no por lo mismo que había logrado Lorena llamarla. Carol tenía un sentido de la responsabilidad enorme, su cuerpo había ido cambiado paulatinamente, sus tendencias por la moda también, pero lo que nunca cambió, sino que mejoró con creces, fue su capacidad para ver más allá en el tiempo y fijar sus objetivos de futuro a largo plazo; por el contrario..., Lorena destacaba por ser una facilona con los chicos, una problemática a la que le iba la marcha, le encantaba burlarse de todo y de todos...

Lorena sacó pecho y subió aquellas escaleras, dispuesta a no dejarse pisotear por los malos recuerdos derivados de sus malas decisiones. Después de todo..., aquello ya era pasado y no tenía por qué afectar a su presente, ahora era madre, tenía que trabajar y ya no era aquella chica mala del instituto que hacía daño a los demás por puro placer.

Entró con paso firme en el centro. Haría media hora que habían dado inicio las clases, ella comenzaba su turno en ese momento para no coincidir con el barullo de la llegada de los alumnos y profesores. Se dirigió a la administración de la planta baja y se presentó como la nueva encargada de la limpieza del instituto Isla de la Esperanza.



Durante los recreos debía ocuparse de algunas de las aulas. Su descanso estaba pautado a las doce del mediodía, tras el primero de aquellos descansos de los alumnos, y Lorena debía admitir que dicho momento de relax antes llegó de lo que se imaginaba. Eso suponía que, a una mala..., su trabajo era absorbente y se le pasaría la jornada con rapidez.



—Un café con leche —dijo Lorena a la jovencita que atendía la cafetería, mordiéndose la lengua para no decirle a aquella niña, ya que apenas rozaría los catorce años, que su lugar no estaba tras aquella barra sirviendo cafés, sino en una de las aulas en las que ahora mismo impartían clases a puerta cerrada.

Con gesto afligido y con ese pensamiento tan hipócrita que la volvió a transportar a su preadolescencia, cuando ella misma piraba clases para fumar y reír como una estúpida las gracias

de las que ella creía sus amigas, no aprovechando las clases que le hubieran dado un futuro mejor..., tomó asiento en una de las mesas y comenzó a remover su café, hasta que una delicada voz la sacó de sus arduos pensamientos.

—No puedo creerlo, he ido a lavarme las manos y el grifo ha enloquecido, me he puesto pingando la camisa —enunció con deje alegre Carolina—. ¿Me pones un té americano, por favor? ¡Jo, qué rabia! ¡Tenía que sucederme esto en mi primer día! No va a dar margen a que se seque de aquí a que comience mi siguiente clase.

Lorena de primeras observó a aquella joven por la espalda riéndose en su interior por su mala suerte, ya que le produjo cierta pelusa verla tan arreglada y concluir que tenía un puesto como profesora frente al de limpiadora de ella. Por ello, se alegraba de que su perfecto conjunto se hubiera empapado de agua, y es que la envidia es así..., pero tardó los mismos segundos en dejar sepultada la idea de reírse en voz alta, era suficiente con haberlo hecho mentalmente, primero porque Lorena consideraba que ya había tenido suficiente escarmiento en su vida adulta como consecuencia precisamente de reír cuando no debía, meterse con la gente cuando ni tan siquiera le habían hecho nada y, sobremanera, porque ahora en su cabeza estaba su hija y, claro..., había que dar ejemplo, aquel mismo que sus propios padres intentaron darle a ella con fracaso; el segundo revulsivo para reprimir sus carcajadas fue cuando observó con calma y detenimiento la actitud de aquella joven, quien lejos de sentirse ridícula por la situación iba contándolo a los cuatro vientos y casi parecía que se reía de sí misma, como si aceptara aquel gesto burlesco del destino como algo normal en su día a día, con lo que concluyó que no tenía nada de gracioso reírse de quien no va a sufrir por ello de ningún modo. Así pues, se volvió a centrar en los giros circulares que realizaba en su taza de café, no pudiendo evitar recordar a su amiga de la infancia, Carolina, pues aquella niña... tenía la misma mala suerte y la misma buena actitud que la joven de camisa empapada.

—Muchas gracias.

Carolina tomó su taza caliente de té americano antes de volverse para tomar asiento y descansar, ya que le coincidía aquel primer día de instituto, siendo martes, con su hora de tutoría, y al ser el inicio de curso, aún no tenía demanda de padres que desearan comentar con ella la evolución de sus hijos, aunque sí... una importante videollamada que realizar, pero que, a fin de cuentas, no era urgente y tenía unos minutos para aquel té antes de hacerla.

—¿No eres muy joven para trabajar?

La misma cuestión que Lorena había deseado realizar a aquella niña, desistiendo en su iniciativa por considerar que no era una persona adecuada para dar lecciones a nadie, cuando ella había hecho cosas mucho peores en su preadolescencia para minar su futuro, se atrevía a hacerla Carolina con toda la naturalidad del mundo.

—¡Aja! Tengo catorce años. —La chica sonrió, aunque era una sonrisa muy forzada—. El café es de mi madre. Necesitamos explotar esta cesión para vivir, se la han concedido solo por este curso escolar —confesó, con toda su inocencia—. No es una elección voluntaria el estar en este lado en lugar de en el otro. —Reclinó la cabeza y la usó para señalar de puertas hacia fuera del café, dejando evidenciado que se estaba refiriendo a las aulas—. Le echo una mano en los recreos, pierdo la hora que va después porque tenemos que dejar la cafetería preparada para la siguiente oleada, en el siguiente recreo —explicó.

—Vaya... Es una verdadera lástima que la vida le dé suerte a quien no la merece ni la quiere aprovechar. —Carolina llevó su mente años atrás y recordó a aquella amiga de su infancia que decidió dejar los estudios por pura diversión. Ciertamente, la vida era injusta y le daba alas a

quien no podía volar—. ¿Cómo te llamas? —Tomó asiento en una silla alta de la barra. Detestaba sentarse en ese lugar traicionero que, en más de una ocasión, gracias a su galopante patosería la había tirado abajo con alevosía, provocando innumerables risas que no reprochaba, porque el espectáculo de verla caer aparatosamente es para ello, pero creía que aquella niña se había ganado su atención.

—Carla.

—Alguna vez habrás escuchado decir que nunca es tarde si la dicha es buena, o que jamás llueve sin parar, que en algún momento... amaina. —La cría asintió—. Pues ten presente que la suerte algún día tocará a tu puerta. —La dulzura que transmitía Carolina inundó de esperanza a Carla. Ella creía en el destino y sabía que este debía de tener preparado algo mucho mejor para ella que verse esclava de una cafetería el resto de sus días, pero ahora... tocaba lo que tocaba.

—¿Eres profe?

—Así es. Desde hace escasas cuatro horas. —Sonrió abiertamente—. Siempre quise serlo, me fijé una fecha como objetivo, aunque tú no tienes por qué hacerlo. Estudié Magisterio después del instituto y tuve la grandísima suerte de que el Esperanza sacó a concurso plazas, y aquí estoy con solo veinticuatro años. Pero... —Alzó sus manos—. No es lo habitual, la vida es muy larga, y las



carreras universitarias, complicadas. En mi caso tuve mucho apoyo de mis padres y me rodeé de la gente correcta, que me animó y motivó a llegar a donde he llegado. Dadas tus circunstancias, no quisiera llenarte la cabeza de pájaros. —Hizo un gesto con su índice y silbó como un pajarito, haciendo sonreír a Carla, quien comprendía perfectamente a qué se estaba refiriendo: aunque perdiera aquel año de instituto, nunca sería tarde para terminar lo que comenzó—. Ten paciencia, todo acaba por llegar y, muchas veces..., de la mano de quien menos te lo esperas y como menos te lo esperas.

—Me gusta esa frase.

Lorena palideció al escuchar aquello. No podía ser una casualidad, la profesora torpe que se moja la camisa, pero lejos de parecerle mal, se ríe de sí misma, y que encima tiene tan buen corazón como para solidarizarse con aquella camarera y tomar su té junto a ella renunciando a su tiempo libre, le da como consejo aquella frase hecha que ella tanto escuchó decir a...

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Carla.

—Carolina. Pero me gusta que me llamen Carol.

Un grito ahogado salió de la boca de Lorena, quien derramó parte de su café por la presión que hizo sobre la cucharilla que lo mareaba. De tal forma que la joven camarera y Carolina se percataron de su presencia.

—¿Se encuentra bien? Le pondré otro café. —se apuró a decir Carla.

Por su parte, Carolina se quedó petrificada mirando fijamente a Lorena, no se podía creer que

fuera ella después de tantos años. Lorena había abandonado sus estudios y hacía casi diez años que no la veía, por aquel entonces cursaba sus estudios en el programa especializado de PMAR como última opción posible para obtener el certificado de la ESO.

Alguna vez se había preguntado a sí misma qué habría sido de aquella amiga de su infancia..., aunque nunca invirtió excesivo tiempo en averiguarlo; después de todo, sus vidas ya no tenían un nexo común y había sido Lorena quien había destruido su amistad.

—Lorena, ¿cómo estás? Cuánto tiempo...

—Sí, mucho. —Se atragantó y se miró de soslayo a sí misma observando su atuendo de limpiadora, cayendo en la cuenta de que ninguna mentira en aquel momento sobre por qué estaba allí sería creíble.

—¿Trabajas... —la señaló, dejando clara la evidencia— aquí?

Asintió sin ser capaz de mirarla a la cara. Temía que le soltara algo así como que se lo había advertido, que terminaría mal, que había malgastado los mejores años de su vida por las malas decisiones y peores influencias.

—Yo también —afirmó con una sonrisa a la vez que observaba su reloj de muñeca—. Me alegra verte, imagino que coincidiremos por aquí —evidenció—. Me temo que no puedo entretenerme más. —En ese momento Carla repuso la taza derramada de café de Lorena—. No tengo clase hasta la siguiente hora, pero prometí a Anastasia que haríamos una videollamada en esta hora que tengo libre, ¿te acuerdas de ella?

—Sigues teniendo amistad con esa chica —comentó con desprecio, no formulando cuestión alguna, y aun así..., Carol respondió con una amplia sonrisa.

—¡Sí! ¿Y te puedes creer que ha logrado meterse en el equipo nacional y el próximo año olímpico, muy probablemente, participará en las Olimpiadas?

—No, no me sorprende en absoluto.

—Lo dicho. —Carolina dio un nuevo sorbo a su té—. Nos veremos por aquí. —Sin dar pie a más, se volvió hacia la barra del café, Carla ya había recuperado su posición y se dirigió a ella —: Te traigo luego la taza, ¿te importa? —La alzó mostrándosela y Carla negó con simpatía.

Lorena la vio salir con soltura y reparó en lo estafalario de su calzado, el cual no había observado anteriormente por taparle los pies la mesa que ocupaba. Marchaba montada sobre unas ridículas bailarinas totalmente fuera de moda que ya nadie utilizaba ni en casos de emergencia, aunque estaba claro que siempre había una excepción en todo y Carolina era esa excepción que confirmaba la regla. Su calzado no le hacía justicia al resto de prendas que llevaba, recordó los churretes de agua de su camisa y sintió náuseas por el carácter que siempre manifestaba y la sacaba de sus casillas desde niñas... Le desquiciaba su desenfado ante las risas que producía en los demás su forma de ser, ciertamente aquello que dijo Anastasia de ella años atrás era verdad... Parecía sacada de una de esas novelas chick-lit.

Carolina, por su parte, repetía en su mente su mantra diario: «No necesito cambiar, entre otros motivos... porque soy incapaz, es mi idiosincrasia, va conmigo a todas partes quiera o no, nadie entenderá jamás lo difícil que es ser yo misma, me acepto, y eso... es lo que me define como persona». Aquello era lo que solía decirse a sí misma cuando metía la pata, como aquella mañana equivocándose de calzado, empapándose la camisa o temiendo caer de una silla alta.

Recordaba su mañana tan atropellada, en la que estacionó por error su vehículo en la plaza del director del centro. Carolina tuvo que ir a buscar aparcamiento en los alrededores y la pateada a la que tuvo que hacer frente fue para nota, llegó con los pies destrozados y los zapatos en las manos. La salvó ser lo suficientemente precavida como para haber metido en su bolsa unas

bailarinas, lo que ella denominó su plan B de emergencia. Estaba claro que no iba a poder soportar el calzado con el que pretendía pasar la mañana, pues ya tenía rozaduras cuando accedió al hall de entrada a primera hora. Claro que sabía perfectamente que no combinaban con sus vaqueros de pitillo rojos y su camisa blanca con lunares azules, especialmente por el hecho de que dichas bailarinas eran rosadas. Lo cierto es que no pensó que tuviera que hacer uso de ellas. Previsora, había madrugado para estacionar al lado de la puerta principal y no tener que caminar más que diez metros hasta la entrada. En suma, su estrafalario atuendo no pasaba desapercibido; había querido tener una imagen impoluta en su primer día, pero desde que había llegado al centro no había hecho más que tropezar con las mismas piedras de siempre.



Doce años atrás acudía al mismo instituto caminando, solo de pensar que apenas quinientos metros era la distancia que debía recorrer... Ahora vivía en una casita de campo en el extrarradio, respiraba paz y tranquilidad. Su hogar le recordaba a sus veranos en Mansilla de las Mulas, aquella ciudad no se parecía en nada a su pueblo de León, pero el hecho de vivir apartada de la urbanización le traía buenos recuerdos junto a su bisabuela Tasia, ya fallecida, y aunque ese era el lado positivo de vivir en el extrarradio, el negativo era que necesitaba el coche para todo: la línea de autobús no llegaba hasta su preciosa casita de campo y en los alrededores del instituto habían urbanizado con decenas de edificios, dejando escasas plazas de aparcamientos.

Capítulo 4

Hace 12 años, en aquellos inicios de instituto

Después del primer trimestre, la amistad de Anastasia y Carolina fue en aumento. La primera la había instruido en el arte de los deportes, y la segunda a la primera, en la pasión que sentía por la literatura, y que Ana también compartía como hobby.

Carolina comenzaba a sentir cierta inquietud por ir a la moda, veía a las otras niñas de doce años ir cambiando paulatinamente su aspecto desde que había comenzado el instituto, y ella misma rogaba a sus padres que la llevaran a centros comerciales y la ayudaran a cambiar su estilismo. Por supuesto, aquella circunstancia superficial no influyó en su carácter o en su amistad con Anastasia, esta última respetaba a su amiga y sus inquietudes al respecto, pero no las compartía. Como deportista nata que era, ella veía su atuendo perfecto en unos pantalones de chándal y una sudadera, que como mucho... conjuntaba para no ir a parches.

Lorena continuó con su relación distante con Carolina. Tras el fallido intento de convencerla en aquella primera clase de educación física para que hiciera pareja con ella, se había conformado con la última opción disponible; hacía de tripas corazón, pues no era de su agrado la compañía, pero tampoco parecía dispuesta a rebajarse y suplicar a Carol un perdón que la animara a formar pareja con ella. En numerosas ocasiones, sin más..., piraba dicha clase para no pasar por lo que ella consideraba una humillación por tener que hacer pareja con una chica cargadita de espinillas y cuyo aliento asustaba a una mofeta, a la que la maldad de sus compañeros había bautizado como Ferrero Rocher.

Lorena comenzó a fumar. El primer trimestre no fue capaz de aprobar una sola asignatura, abocada al fracaso total, aunque era el primer año y todavía podía remontar, ya no solo en años sucesivos, sino también en el propio curso, al que aún le quedaban dos trimestres. Si no ponía, al menos, la cordura de su parte..., no iba a haber nada que hacer de cara a un futuro.

Encontró divertido comenzar a burlarse y reírse de compañeros, ya fuera por su aspecto exterior, por sus torpezas o sencillamente provocando ella misma y sus nuevas amistades algún percance.

—Ahí viene. No se te ocurra rajarte porque sea *tu amiga*... —enunció con burla la chica besamejillas, líder de la cuadrilla que conformaba Lorena.

—¿De qué hablas? —rebatía esta indignada—. Ya no es mi amiga. —Se irguió y avanzó hacia Carolina al verla llegar al instituto a primera hora.

Sabía que, desde que habían roto su amistad, madrugaba y acudía al instituto temprano para no encontrársela, ni a ella ni a su cuadrilla. Por ello, aquella mañana todas habían imitado su conducta para llegar a la vez, Carolina iba a ser el objetivo de sus burlas y debían gestionar con tiempo su argucia.

—Hola, Carol. ¿Cómo te va? —Lorena se fue de frente a ella, con una falsa sonrisa pincelada en su rostro.

—¿Me hablas a mí? —La muchacha elevó una de sus cejas y rebuscó a su alrededor,

indagando en los motivos que llevaban a Lorena a hablarle tan próximas como estaban del instituto, sin vergüenza a que la reconocieran haciéndolo con alguien tan pueril como ella.

—Claro —evidenció.

—Me va bien. ¿Quieres algo?

—Solo quería proponerte que el viernes vinieras a una fiesta que doy en mi casa.

—¿Es una broma? —Carolina no podía dejar de mirar a su alrededor con extrañeza.

—No. Creo ya va siendo hora de que limemos asperezas. ¿No te parece?

—Asperezas... —repitió susurrante Carol, con gesto extraño por el uso tan inadecuado de dicha palabra. Lorena denominaba «asperezas» lo que en realidad era un insulto a todos los años de amistad robados.

—¿Vendrás?

—No.

La cara de Lorena era un poema. Abrió los ojos como platos y las tornas dieron la vuelta, ahora era ella la que miraba a su alrededor paranoica, ¿acababa de rechazarla?... Ese... no era el plan.

Tanto sus nuevas amigas como ella tenían clarísimo que la respuesta de Carolina sería un sí rotundo y no cuadraba aquella contestación dentro de sus planes.

Carol esquivó el petrificado cuerpo de Lorena y se dispuso a subir las escaleras principales.

—He visto a tus estúpidas amigas tras el matorral con el móvil en la mano, queríais que aceptara para luego reiros de mí ridiculizándome y dejándome claro que se trataba de una cruel broma. Supongo que posteriormente vuestra intención era recalcarme lo fuera de lugar que estaría en un evento organizado por las divas del insti. —Carol, al alcanzar el último de los escalones, se volvió y miró fijamente a Lorena—. No seremos toda la vida niñas de trece años, algún día tendrás que enfrentarte al mundo de verdad y todo lo que estás haciendo ahora te vendrá de vuelta —advirtió con dureza—. Recordad... —Se giró hacia el matorral que ocultaba torpemente al resto de la cuadrilla, quienes aún portaban los teléfonos en la mano—. En esta vida recogemos lo que sembramos. Ya podéis detener el *direct* que estáis subiendo a Instagram, todo el instituto comenta vuestras maldades con este tipo de burla. ¿De verdad creías que sería tan estúpida como para picar y no imaginar que si estabas dirigiéndome la palabra era por la existencia de una doble intención en tus actos? —acusó mirando de nuevo hacia Lorena. Aquella era una de las pocas veces que Carolina mostraría su genio.

Le parecía el colmo de los colmos, no se conformaba con cortar por lo sano una amistad de toda la vida, sino que encima tenía que usarla de conejillo de Indias para sus argucias.

—¿Quién se ríe ahora? —preguntó sarcástica, tirando de las cinchas de su mochila y girándose al interior del instituto.



—Cógele un primer plano. El *direct* nos sirve igual. No se te ocurra cortar la grabación, no importa quién quede en ridículo — se oyó decir a la amiga fea como un bulldog de la cuadrilla.

Lorena se volvió hacia ella indignada, sintiéndose víctima de las maldades que ella misma incentivaba:

—¿Cómo que da igual quién quede en ridículo? —preguntó furiosa.

—Sí, querida, da igual —repuso la besamejillas—. La líder soy yo, mientras no se os pase por la cabeza ridiculizarme a mí, cualquiera, incluidas vosotras, sois válidas —comentó tecleando su teléfono y editando el vídeo que instantes después subiría—. El caso es que de un modo u otro logre más y más *followers*.

Lorena las miraba furiosa, oprimía sus puños con rabia.

—No me mires así —añadió la besamejillas—. Fuiste tú quien dio por supuesto que *Carola la Escarola* —nombró a Carolina con el mote que le habían buscado— sería un blanco fácil. Si la subestimaste, esa lección que llevas aprendida. Tú la cagaste y tú lo enmendaste.

Todas rieron escandalosas, menos Lorena, que se estaba viendo víctima de sus propias artimañas y, claro..., cuando se ríen de uno mismo... no es lo mismo, no nos gusta ni un pelo.

Estaba furiosa consigo misma, pero no por arrepentimiento, no pensaba que fuera una chica mala que va por la vida usando a los demás a su conveniencia. Lorena iba a necesitar muchas más vivencias similares y peores para llegar a concluir que la que estaba obrando mal y sembrando un tórrido campo de cultivo de cara al futuro... era ella. Su furia iba enfocada a lo torpe que se sentía por haber subestimado a Carolina, así que... la solución pasaba por mantener distancias definitivamente con ella.

Capítulo 5

Carolina, en el presente, septiembre

Carolina sentía nostalgia porque llevaba toda su vida soñando con cómo sería aquel día, su primer día laboral como profesora en el instituto Isla de la Esperanza, y observaba con decaimiento que la mañana llegaba a su fin.

Había tenido aquel raudo y efímero contacto con sus alumnos, y no se llevaba mal sabor de boca. Le correspondía el primero de los cursos, los más pequeños, y eso le traía entrañables recuerdos de sus primeras experiencias. Observó a sus alumnos con detenimiento en cada clase que impartió, los analizó a todos ellos en la medida en que pudo, veía que se seguían creando grupos entre amigos y amigas de toda la vida y que se discriminaba a otros, por ser nuevos, feos, infantiles...

¡Tenía que hacer algo al respecto!

Que su propia experiencia sirviera de algo ante semejantes injusticias.

Ver a Lorena allí con aquel aspecto más de señora que de joven, asumiendo el rol que ahora le tocaba porque sus mejores años habían pasado de largo ante sus ojos por malas influencias y peores decisiones, le servía de revulsivo para acabar con los abusones, o al menos intentar hacer llegar un claro mensaje a aquellos niños y niñas que terminarían por convertirse en adultos tarde o temprano: que nunca dejaran de soñar, y mucho menos por lo que pensarán o dejarán de pensar personas que solo iban a influir en ellos y sus decisiones con maldad y puro egoísmo.

Sabía que a fin de cuentas todos escogemos nuestro camino y forjamos a golpe de propias decisiones nuestro futuro, pero si ella, ahora que tenía una posición que le permitiría ayudar a los alumnos más marginados, no lo usaba para aportar su granito de arena..., ¿en qué se convertiría?... No sería mucho mejor que los demás.



—¿Puedo hablar con usted, Gerónimo? —preguntó Carolina asomándose con reparo a la puerta del director.

Era su segundo día como profesora. El encontronazo con Gerónimo la mañana anterior la había cohibido, aunque no amedrentado, después de todo tan solo había sido un malentendido que se solucionó con rapidez.



Es más, lo acontecido motivó a Carolina a tomar la sabia decisión de acudir al centro en bicicleta de ahora en adelante, salvo si diluviaba ya entrado el invierno, aunque no dejaba de ir perfectamente conjuntada con una bonita falda de vuelo en tonos desiguales, a juego con una camiseta de tirantes, cuyo modelito remataba con sandalias planas. Lo que peor llevaba era lo de tener que usar el casco, su melena ondulada se veía ciertamente perjudicada, pero siempre recordaba aquello dicho por Anastasia que la definía como una chica extraída de una novela chick-lit, y se apoyaba en ello para justificar sus imperfecciones.

No sería perfecta, ni la más guapa, siempre la definirían su torpeza, su patosidad galopante y su mentalidad soñadora, que la hacía volar lejos con su imaginación, distanciándose de la realidad en la que vivimos.

Con esas premisas... se atrevía a llamar a la puerta de la dirección del centro a primera hora de aquel segundo día en el Esperanza.

—Sí, claro. Pase. —Gerónimo se revolvió nervioso. Recordaba lo borde que había sido el día anterior, y que aún no había tenido tiempo de ofrecerle a su nueva profesora en prácticas una disculpa.

—¡Gracias! —dijo con ese carisma alegre que la definía.

—¿Quiere sentarse? —ofreció él.

—Sí, voy a sentarme, porque lo que tengo que decirle me va a llevar un rato.



Gerónimo se puso tenso, creyendo que la visita de la joven tenía que ver con su percance matutino del día anterior. El Esperanza no recibía nuevas hornadas de profesores desde hacía años, era el instituto menos vanguardista de la ciudad y el Ministerio de Educación no aportaba recursos económicos que ayudaran en dichas mejoras. Lo estaban dejando caer por su propio peso, la propia jubilación del profesorado terminaría por claudicarlo, y la única forma de que Educación comenzara a mimarlos un poco mediante la inyección de recursos económicos era precisamente consiguiendo que profesoras como Carolina solicitaran de manera voluntaria trabajar allí, y ver que su profesorado se renovaba, así que la sola idea de que la joven le dijera que no iba a continuar rodeada de vejesterios como él, mal encarados, que no son capaces ni de sonreír cuando te cruzas con ella...

—Lamento el infortunio de ayer —comenzó a decir, intentando mitigar el malestar que estaba dando por sentado que sentía Carolina.

—Ayer... —La despistada número uno del país ni siquiera recordaba de qué demonios le estaba hablando. Ella había acudido a él con otro tema que le resultaba prioritario, y perder el tiempo revoloteando entre lo sucedido el día anterior cuando para ella solo fue un malentendido... no entraba dentro de sus planes, así que, sin más..., su cerebro lo había archivado entre los recuerdos sin importancia.

—Sí. Lamento haberla llamado cretina.

—No importa. Solo fue un malentendido que quedó solucionado en el mismo instante. No pretendo hacerle perder el tiempo con esa tontería. —Enfatizó sus palabras, haciendo un gesto con la mano a la vez que reclinaba el rostro y comenzaba a rebuscar en un dossier que tenía sobre su regazo—. Quiero hacerle una propuesta de actividad extraescolar para este curso.

—¿Actividad extraescolar? —inquirió con sorpresa el hombre—. Los profesores no pueden impartir extraescolares.

—Ya lo sé —interrumpió ella. Se conocía el reglamento interno del centro de atrás adelante, no quería que Gerónimo pensara lo contrario—. Por ello, le explico que, aunque sería una actividad para después de las clases regladas, y por ese motivo la he denominado actividad extraescolar, no tendría coste, sería voluntaria y yo, personalmente, la impartiría si usted me da su consentimiento para estar en el centro pasada mi hora laboral y emplear un aula. Es lo único que pido.

Gerónimo lo meditó un instante. Aquella joven era un buen fichaje, no quedaba duda, no era rencorosa, traía consigo una energía indescriptible que hacía que todo se iluminara a su alrededor con esa sonrisa fijada en su rostro, esa indumentaria colorida que la hacía parecer lo que era..., una joven cargada de entusiasmo.

—Es una propuesta un tanto... extraña.

—¿Por qué?

—Quiere usar su tiempo de manera gratuita para realizar una actividad no reglada. ¿Qué saca de ello?

Carolina frunció el ceño. Llevaba toda su vida topándose con más de lo mismo..., el vil metal..., los intereses implícitos en todo cuanto se hace.

—¿Contribuir al mundo con mentes maravillosas que algún día reconducirán a esta sociedad de hipócritas materialistas?

Aquella cuestión lanzada al aire dejó a Gerónimo sin palabras, con lo que Carolina pasó directamente a deleitarle con el que sería su plan:

—Hay demasiada crueldad en el ambiente de los institutos, yo fui testigo en mis propias carnes de ello hace doce años, y ayer observé que no solo no ha disminuido, sino que va en aumento. Hay mucho futuro en nuestros jóvenes, pero el hecho de sentirse apartados y fuera de lugar los puede llevar a tomar malas decisiones que perjudiquen su futuro. Mismamente: una joven que crea que es mejor ir de *chunga* por la vida si con ello es popular, que decida de repente *pirar* sus clases porque es lo que hace la mayoría, realizar vídeos ofensivos donde solo se destaquen las peculiaridades, por no decir defectos, de otros, en las redes sociales, para ganarse dicha popularidad..., si nadie está ahí para ella, instruirla y reconducirla..., podría perderse en el camino hacia su madurez.

—Perdone que la interrumpa. —Gerónimo alzó la mano, se reclinó hacia delante y cruzó sus dos manos sobre la mesa—. Eso que está comentando ya se gestiona en el Departamento de Orientación.

—Mentira —se atrevió con osadía a interrumpirle de nuevo—. Orientación está desbordado, porque hay mucho hijo de padres divorciados, cuyas familias desequilibradas alteran el funcionamiento normal de la rutina de los jóvenes afectados —repuso estirándose y dejando clara su autodeterminación—. La prioridad del Departamento de Orientación en los centros es abolir este tipo de situación que cuesta dinero al Estado, para nada ese departamento se ocupa de lo que yo estoy proponiendo, bastante tienen ya con gestionar los malos rollos que nuestros jóvenes traen consigo a causa de los problemas que sus familias les transmiten.

—De acuerdo, Carolina. —Alzó las manos y se dejó caer fatigoso contra el respaldo de su roído sillón—. La escucho con atención a ver a dónde quiere ir a parar.

—Deseo impulsar la igualdad en las aulas, que no se permita la marginación de unos frente a otros por hechos pueriles como que unos y otros no tenga el mismo aspecto. Me estoy refiriendo a

que si, por ejemplo, uno es guapo, tenga más privilegios frente a otro que no lo es. Todos tenemos un potencial sin explotar, indagemos en la inquietud individual de nuestros alumnos e intentemos explotar dicho talento, no dejemos que se pierdan por no sentirse parte de un todo. Al menos comencemos haciéndolo con un grupo reducido, voluntarios que deseen ponerse en mis manos para ayudarlos a buscar en su interior dicho talento.



—¿Cree que no lo hemos probado todo al respecto?

Vivimos en una sociedad competitiva, donde destaca el que realmente quiere destacar. No por ayudarlos a descubrir su talento vamos a conseguir mentes maravillosas.

—¡No vale! —La pasión de Carolina la hizo alzar su mano y golpear la mesa con energía—. ¡Hay que lograr que el Esperanza sea diferente! No podemos seguir creyendo que lo que hace la mayoría es lo que está bien, simplemente porque la marabunta tira hacia un mismo lado.

—Vivimos en democracia —advirtió Gerónimo ante los derroteros de la conversación.

—Ayudemos a nuestros alumnos —rebató ella.

No pretendía imponer nada, entendía que Gerónimo la advirtiera de que su crítica sobre lo que la mayoría determinaba era ir contra nuestra democracia, pero no tenía nada que ver lo que ella proponía con ir contra los principios constitucionales.

—No puedo negarle algo semejante —concluyó alzando de nuevo sus manos—. Me gustaría saber cómo pretende hacerlo exactamente.

—De manera voluntaria, el que se sienta vulnerable al sistema que impartimos que hable conmigo.

—¿Vulnerable?

—Sí. Aquel que crea que seguir la lectura al pie de la letra de un libro de texto y aprenderse literalmente las lecciones para ir a un examen y plasmar por escrito, puntos y comas incluidos, lo estudiado, sería un alumno perfecto para mi actividad. Quiero que el que tenga talento de escritor lo fomente, el que dibuje como si fuera una cámara fotográfica que lo explote, que aquel cuya inquietud sea la investigación... ¡pues que investigue!

—No suena mal, Carolina...

—¿Pero?

—Debemos seguir un sistema de aprendizaje, los alumnos y alumnas, quieran o no, deben adquirir una serie de conocimientos fijados por el Ministerio de Educación.

—Por ello debe ser algo voluntario de ellos y mío, en horas no lectivas —repuso razonadamente.

Gerónimo asintió oprimiendo los labios. No le resultaba mala idea, un tanto alocada sí, posiblemente fruto de la juventud de su nueva profesora en prácticas, pero tampoco le estaba pidiendo nada extraordinario, todo pasaba por la voluntariedad de unos y otros, tendrían que fijar unas bases para que los padres tuvieran conocimiento de la actividad que sus hijos realizarían y, por supuesto, deberían dejar su consentimiento firmado.

—Habrá que sentar unas bases.

—Lo tengo todo aquí. —Carolina volvió a rebuscar entre sus documentos con nerviosismo, no se podía creer que el director estuviera dispuesto a colaborar con su propuesta—. Llevo



doce años pensando en esta iniciativa —confesó con orgullo tomando en su mano un puñado de hojas—. Le aseguro que lo encontrará todo en este archivo. —Se levantó de su silla con soltura y tendió el dossier hacia un Gerónimo abrumado por la determinación de aquella jovencita.

—¿Lleva doce años trabajando en esta idea? —preguntó frunciendo el ceño y echándose ligeramente hacia delante para alcanzar los documentos que Carolina le entregaba.

—Así es.

¡ZASCA!

Los traicioneros nervios de nuestra soñadora ocasionaron que se le resbalara el dossier y, antes de que Gerónimo pudiera echarle mano, su mesa y parte del suelo quedaron cubiertos de papeles.

—¡Uy! —Carol se quedó momentáneamente estática—. Uf... Suerte que tuve presente que esto podría pasarme —confesó ante el atónito rostro del director—. Están grapados y numerados. No hay problema —comentó con el optimismo que la definía.



Se apresuró a recolectarlos y en menos de un minuto estaban todos ordenados. Los tendió de nuevo hacia Gerónimo, aunque en esta ocasión se aseguró de que este los tuviera bien agarrados antes de soltarlos ella.

—Vi durante mi infancia y adolescencia a muchos jóvenes quedarse en el camino —comenzó a relatar sin importarle la opinión que el director pudiera tener ante la acción y reacción de Carolina con el atropellado traspaso de documentos— por no ser capaces de luchar por sus sueños, frustrados al tener que estudiar lo que a nadie le gusta, por ser incapaces de tener tiempo para dedicarle a su pasión, o sencillamente porque la mayoría determinó que su talento era motivo de burla y eso los reprimió. Tengo la motivación, Gerónimo, no me quite usted la ilusión.

El director del centro rio ante dicha conclusión. Desde luego que aquella joven tenía pasión.

Carolina siempre se preguntó qué hubiera sido de Lorena si aquel programa que ella proponía ahora ya hubiera existido en sus tiempos de instituto. Había realizado ante Gerónimo un análisis generalizado para todo tipo de alumno, pero a Carol siempre le rondará la misma cuestión en torno a su amiga de la infancia, ahora limpiadora del mismo centro, que debió ayudarla en su momento. Lorena terminó por comprobar en sus propias carnes lo que era sentir la humillación pública y las consecuencias tan atroces que generaba, era una fanática de las comidas, no solo porque le encantaba devorar manjares, sino porque desde los ocho años los cocinaba ella misma. Un *direct* en Instagram fue el responsable de hundir su talento innato, aquel vídeo fue viral y no pasó desapercibido para nadie, tampoco para Carol, aunque ya no tenían relación.

El hecho de que de manera pública alguien haga pedazos nuestra ilusión, por pura maldad, genera que el mundo se esté perdiendo a alguien con un talento extraordinario. Si ese alguien no tiene la fuerza de voluntad suficiente para luchar contra esa opinión pública, se pierde en el camino...

Gerónimo ojeó aquel dossier perfectamente redactado, encuadernado y ordenado. Estaba fascinado por la confianza en sí misma manifiesta en Carolina; después de todo era nueva, no solo en el mundo laboral, sino el centro, pero eso no la obstaculizó para presentarse ante él y darle cuenta de sus sueños.

—Si emplea la misma autodeterminación que ha mostrado aquí hoy, ante mí, con sus alumnos, logrará grandes cosas.

—Eso es lo que pretendo.

—Revisaré sus bases, aunque parece que está todo muy estudiado. —Elevó discretamente la comisura de sus labios—. Y si todo está correcto y no he de añadir nada..., podrá comenzar en octubre. ¿Le parece bien? —Elevó el rostro y conectó con aquella bailona mirada cargada de emoción e ilusión que siempre definió a Carolina.

Ella asintió y se levantó de su sitio, dejando claro al director que no deseaba hacerle perder más tiempo.

Se despidieron y Carolina reanudó sus clases con normalidad.

Capítulo 6

Hace 10 años, el direct de Instagram que destruyó definitivamente los sueños de Lorena

Es muy fácil pulsar un botón en el teléfono móvil, grabar o fotografiar algo bochornoso para otro y colgarlo en la red para conseguir más *followers* a cuenta siempre de la humillación de cualquiera que no seas tú mismo.

Lorena cursaba en segundo de PMAR, había repetido primero de la ESO y en la segunda ronda no lo había hecho mucho mejor, así pues, el Departamento de Orientación había determinado que sería mejor pasarla a un curso de diversificación.

Aquella mañana de diciembre, un autobús partía hacia la nieve, recompensando a aquellos alumnos y alumnas que habían obtenido mejores calificaciones en el primer trimestre. Lorena no sería una de las afortunadas, ya que la criba estaba en un máximo de setenta alumnos, y ella no alcanzaba la media necesaria para formar parte de aquella iniciativa del profesorado para motivar a los más aventajados a no decaer en sus estudios.

—¿A quién le interesa esa mierda de la nieve? —se preguntaba Lorena en voz alta.

—A mí me hubiera gustado ir, pero ni por milagro alcanzaría la media que pedían —repuso una de sus compañeras de aula.

La clase de PMAR en la que estaba Lorena constaba tan solo de ocho alumnos, los que el departamento había considerado capaces de alcanzar el objetivo propuesto por el Ministerio de Educación para terminar por obtener el certificado de la ESO, pero que Orientación había observado como personas complicadas que no estudiaban, no por no tener la capacidad, sino por no tener el entusiasmo y la motivación.

De ahí que Lorena aún tuviera una oportunidad de enderezar su vida y alcanzar una mínima titulación que luego necesitaría para acceder al mundo laboral en condiciones medio decentes.

—No deberías opinar así, Lorena —advirtió su profesora, ya que el comentario tan desagradable lo había realizado delante de ella—. Tienes capacidad para hacer las cosas mucho mejor, no me creo ni por un momento que no hubieras preferido estar disfrutando de la nieve que aquí haciendo ejercicios de cálculo.

—Puedes creer lo que quieras. En la nieve hace frío y yo soy mujer de sangre caliente. —Con ese estúpido comentario arrancó las carcajadas de sus seguidoras más fieles.

Tras la expulsión de sus tres amigas de inicios de instituto, por ser estas incapaces de aprobar y haber alcanzado ya los dieciséis años, tuvo que convertirse en líder y forjar su propio grupito de sumisas que le rieran las gracias. No le hacía falta buscarse a nadie más mayor que ella, que ya alcanzaba los catorce años, por no decir casi quince, que cumpliría el mes próximo, en enero. Le servían las propias compañeras de aquella reducida aula para tener a su círculo de seguidoras.

—Además de que aquí no pasaré frío, tampoco voy a realizar esta mierda de ficha de cálculo, así que... gano en todos los sentidos. —Sonrió a la vez que lanzaba la hoja que tenía al frente por los aires, se echaba hacia atrás con poca o ninguna feminidad y abría las piernas con desagrado. Aunque iba en pantalones vaqueros, aquella imagen era de todo menos adecuada para una chica.

Todos los compañeros rieron por lo bajo. Era un momento en el que, socialmente, en los institutos, destacaba más y llamaba más la atención aquel que iba contra el sistema, quien más asignaturas suspendía, y si eras más cruel que nadie con los otros..., mejor que mejor.



—Lorena, tienes potencial, es una lástima que esta actitud sea una constante en tu día a día en el centro, solo con que pusieras un poco de tu parte...

—¡No me des la chapa! —la interrumpió chillona situando sus dos manos en las orejas, fingiendo que se las tapaba para no escucharla, a la vez que giraba su rostro y lanzaba un beso hacia una de sus compañeras, sabiendo a ciencia cierta que la estaban grabando y muy probablemente en *direct* por Instagram.

—De acuerdo, no lo haré, para qué perder el tiempo con alguien tan empeñado en ir contra las normas que no es capaz de ver ni su propio potencial.

—¡No presumas de conocerme! —chilló de nuevo dejando clara su rebeldía.

—Te conozco mejor de lo piensas, a ti y a todos. Esta aula se ha formado para que aquellos que consideramos que podéis sacar la titulación, pero no lo estáis haciendo por una cuestión de rebeldía, tengáis las mismas oportunidades que aquellos que sí tienen la motivación que os falta. Sé que tienes potencial. ¿Qué hay de esa afición de la que he oído hablar tanto a tus padres?

Lorena palideció al escucharla, ¿no se le ocurriría a aquella profesora comentar nada delante de sus seguidoras? Perdería todo su prestigio si se enteraran de que a escondidas era una maruja de la cocina.

Después de echar un vistazo a su alrededor y comprobar la expectación que aquella profesora había generado en sus compañeros...

—No sé de qué hablas.

—De tu pasión por la cocina. A mí también me gusta cocinar, aunque confieso que no sería capaz de hacer ni la mitad de las cosas que he escuchado que haces tú. —La profesora no comentaba aquello con maldad, su función era tratar de motivar a aquel reducido grupo de estudiantes con talento, incapaces de valorarse a sí mismos, pero Lorena no lo estaba interpretando del mismo modo—. ¿Por qué no organizamos un día una actividad en la cocina del comedor escolar y nos muestras de qué eres capaz? —Sonrió mirando con admiración a Lorena.

A cambio, la profesora recibió un rechazazo visual por parte de la jovencita, que no deseaba destacar por hacer las cosas bien.



Lorena era consciente de que aquella otra compañera estaba grabando toda la conversación a escondidas de la profesora. De cuando en cuando desviaba su atención a dicha compañera indicándole con gestos que cortara, no quería chivarse de su uso indebido del móvil en clase y de saltarse la prohibición de grabar durante las mismas, por estar violando la privacidad de todos los allí presentes.

Desde luego que a Lorena no le beneficiaría quedar de chivata antes sus *followers*, así pues, comenzó a debatirse: si era mejor quedar como tal, perdiendo la imagen de chica chunga, despiadada y mala que había perfilado hasta la fecha y engatusado a sus más de diez mil seguidores en *Instagram*, o dejarlo correr y que todos se enteraran de que le gusta jugar a las cocinitas. Decidiera lo que decidiese, iba a salir perdiendo.



Su cabeza no daba abasto a pensar. Tenía que idear una salida para aquella encerrona, no iba a dar pie a nadie a creer que tenía un talento culinario, y maldijo la hora en que sus progenitores tuvieron aquella tutoría tan emocional con la orientadora, que les sonsacó información hasta de cuando era un bebé.

—Bueno, qué te parece, Lore, ¿organizamos un día de actividad en la cocina y nos muestras tu talento?

—Odio la cocina, eso lo hace mi vieja, ¿vale? No comprendo de dónde sacas esa estupidez.

—No seas tan dura contigo misma, Lorena, tener una capacidad o talento solo nos sitúa en clara ventaja frente a los demás. Si sacas la ESO podrás acceder a módulos que te formarán en tu pasión.

—¡Pasión! ¡Talento! —Lorena estaba muy alterada. Todo aquello estaba siendo grabado y subido de manera directa a la red, no iba a poder arreglarlo, ansiaba echar mano de su terminal y comprobar los comentarios de sus *followers*.

Intentó nuevamente, de manera desesperada, hacer que su compañera apagara el mandito *direct* con su sola mirada, pero no solo no lo logró, sino que le sacó una despiadada sonrisa y con la mano libre que no portaba el terminal gesticuló meneándola de arriba abajo, indicando con ese gesto que era «la caña» lo que se estaba diciendo de ella en la red.

—¡Apaga de una puta vez ese maldito cacharro! —chilló furiosa.

—¿Cómo dices? —La profesora se puso en pie alterada y furiosa. No era la primera vez que

sus alumnos de PMAR hacían algo así, grabar las clases, ofensas de ellos hacia el profesorado... Al fin y al cabo, el uso sin más de los móviles para fotografiar o grabar en las aulas suponía una violación de la intimidad, y pillar a alguien haciéndolo suponía una expulsión inmediata.

Eso fue exactamente lo que sucedió con aquella compañera. La reputación de Lorena cayó por los suelos; no sabía qué era peor, si la retirada de sus *followers* por descubrir que siendo la diva del momento tenía pasión culinaria y eso la situaba dentro de la normalidad de la que huía cada día desde que había comenzado al instituto, y con ello perdía credibilidad su perfil de chunga, violenta y mala persona que tanto esfuerzo le había supuesto forjar, o el hecho de haberse chivado públicamente, en un canal abierto, con diez mil seguidores..., de que una compañera estaba grabando en clase.



Había sido su fin. Lorena se había enfrentado a sus padres, acusándolos de ser los culpables de su humillación. Después de todo, ellos habían contado su más preciado secreto, nadie debería haber conocido jamás su vocación, a la cual, sin cortarse lo más mínimo, aquel mismo día renunció. No volvería a tocar un cubierto más que para llevárselo a la boca.

No regresó al instituto. Con quince años que cumpliría aún no podía trabajar, pero con el sentimiento de culpabilidad que generó en sus progenitores, estos aceptaron su renuncia a estudiar o fomentar su talento innato.

Así, por culpa de las malas influencias, el qué dirán y las malas compañías..., mucho talento en los jóvenes se queda por el camino, entre ellos el de Lorena.

Lorena y Carolina... no volverían a verse hasta diez años después.

Capítulo 7

Aquel mismo día de diciembre, mientras Lorena sesgaba su futuro, Carolina daría un paso hacia delante

Aquel amanecer no era como todos los demás. Anastasia y Carolina estaban cargadas de emoción, era diciembre, estaban en tercero de la ESO y el primer trimestre a punto de finalizar. Aquellos que mejores calificaciones académicas tenían, información que ya obraba en poder de los profesores y padres, dado que la autoevaluación se hacía a mediados de mes, podrían disfrutar de una salida no lectiva, pero que sí, se iba a desarrollar durante las horas de instituto. Aquel viernes arrancaban a primera hora y volverían pasadas las seis de la tarde, ¡un día entero en la nieve!

Era un premio premeditado, un revulsivo que los profesores creyeron oportuno para motivar a sus alumnos a obtener mejores resultados.

—¡No puedo creer que vaya a conocer la nieve! —chillaba llena de entusiasmo Carolina, llevándose ambas manos al rostro y cubriéndose la boca para evitarse a sí misma seguir gritando con entusiasmo.

Anastasia no pudo evitar ponerle los ojos en blanco a su amiga desde hacía dos años, le resultaba inocente a más no poder...

—La que no se puede creer que de verdad en tu vida hayas visto la nieve soy yo —enunció con ironía.

—¡Jamás! ¡Hoy es un gran díaaaa! —canturreó alegre, pegando saltitos mientras hacían cola para subirse al autobús que el centro había contratado para el viaje hasta San Isidro—. Alquilaré unos esquís, sacaré bono de *forfait* y me tiraré por el TeleBaby nada más que lleguemos.

Anastasia, tras ella, abrió los ojos como platos.

—Perdona, ¿qué es lo que has dicho?

—Que me voy a tirar...

—Bueno, no hace falta que me lo repitas, lo he escuchado. ¿Dices que jamás has visto la nieve, pero te vas tirar con unos esquís por un terraplén lleno de ella?

—¡Exacto! ¡Ya subimos!

Trotó escaleras arriba del autobús. Su amiga Anastasia la seguía de cerca, podía elegir los asientos que deseara, pues ella no tenía predilección, por ello Carolina iba de avanzadilla.



Una vez tomó asiento a su lado...

—No puedes hacer eso, no tienes ni idea de esquiar, ¿es que quieres matarte? Yo paso de ir a dar la noticia a tu casa. —Abrió los ojos y gesticuló con su mano lo loca que le estaba pareciendo su predisposición a la muerte.

—¿Tan difícil crees que es?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Carolina asintió. Sabía patinar con cuatro ruedas y en línea, ¿podría ser tan diferente?

—Mejor espera a llegar, cuando pongas un pie en el suelo y seas consciente de primera mano de lo dificultoso que es caminar por la nieve en playeros, igual te concienzas de que tu torpeza galopante y unos esquís no son compatibles. —Golpeó con cariño la punta de su nariz.

Anastasia jamás se metería con ella por su carácter entusiasta, que la llevaba a meter la pata, en ocasiones incluso hasta hacerse daño. Le recordaba de cuando en cuando lo patosa que era para evitar daños físicos irreversibles en su amiga, había que estar muy mal de la cabeza para montarse en unos esquís sin saber manejarlos y tirarse por una cuesta cargada de esos polvos fríos y resbaladizos.



—No puedo dejar que lo hagas. —Anastasia estaba de los nervios, la chalada de su amiga se había alquilado los esquís como tenía previsto hacer, se había pillado el *forfait* con ¡¡todo!!, subida en telesilla, TeleBaby—. Estás muy mal. —Negaba con su rostro.

—Sube conmigo. —La infinita sonrisa de Carolina destacaba bajo capas y capas de ropa, llevaba el gorro calado hasta las cejas, apenas dejaba espacio para que los párpados se le abrieran, la bufanda le cubría la barbilla, pero aquella sonrisa... siempre estaba allí presente.

—Esta vez no pienso ser cómplice de tus barbaries. Me pides que colabore en tu suicidio. —Se cruzó de brazos y negó con rotundidad—. Y no pienso hacerlo.

—Anda, por fi. —Carolina cruzó las manos y suplicó con ellas. —Píllate el *forfait* y sube conmigo, arriba hay una cafetería, podemos tomarnos un chocolate con churros... —canturreó, ganándose una mirada de simpatía por parte de Ana—. Invito yo.

—Sabes camelarme, eso no es una novedad, pero esto es demasiado... ¿Cómo te vas a arreglar con eso... —señaló los esquís que portaba en las manos, ya que no había sido capaz ni de averiguar cómo se colocaban en los pies, pies que ya iban embutidos en unas botas que le impedían mover los tobillos y la hacían caminar como un zombi hambriento... una vez estemos

allí arriba?

—Fácil.

—¿Ah, sí? —Ana abrió los ojos como platos—. Ilumíname con tu sabiduría —comentó irónica.

—¿Cómo aprendí a jugar al bádminton? —quiso recordarle a su amiga, pero esta negó y comenzó a gesticular con desesperación.

—Ni por asomo es el mismo caso, no sirve de ejemplo.

—Claro que sí.

—Claro que no.

—Tú dijiste aquel día que no comprendías por qué me infravaloraba diciendo que no valía para los deportes, si aprendí a jugar en menos de diez minutos.

—No quisiera despreciar mi deporte favorito, pero la complejidad de coger una raqueta y golpear una pelota no es comparable con el hecho de subirse en unos esquís y tirarse...

—Deslizarse... —corrigió Carolina—. Lo he leído en Google.

—*Deslizarse* —dijo con retintín Ana— por una colina llena de nieve. ¡Te matarás!

—Bueno, si lo hago, puedes quedarte con todas mis novelas.

Anastasia suspiró con frustración. Conocía tan bien la terquedad y perseverancia de Carolina que, por mucho que insistiera e intentara hacerla cambiar de parecer..., sabía que se atrevería a tirarse por aquel TeleBaby, sí o sí, así que... Hay un dicho que define claramente lo que sentía Ana en aquel instante:

—Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él.

Carolina la abrazó con fuerza, sin desprenderse de los esquís que tenía en las manos, generando así un caos total al elevar los brazos y golpear con aquellas grandes paletas a las personas que hacían cola delante y detrás de ellas para subirse al telesilla.

—Uy, perdón.

Se disculpó torpemente.

—Estate quieta, ¿vale? —le advirtió Anastasia—. Voy a sacarme el *forfait* y regreso, si te toca no subas, espera a que regrese, ¿entendido?

—A sus órdenes —dijo con simpatía Carolina.



—No puedo subir, estoy esperando a una amiga. —Carolina advirtió al chico que se ocupaba de gestionar la entrada en el telesilla de que debía colar a la gente hasta que llegara Anastasia.

—Señorita, la cola tiene vida, ¿es que no lo ve?

Ella miró hacia atrás, agobiada porque Ana no llegaba. Tenía el teléfono consigo, aunque con las manos ocupadas no podía mandarle un mensaje o llamarla, así que se lo ocurrió la idea del siglo.

—Me pondré los esquís para poder usar el teléfono y avisaré a mi amiga de que la espero arriba.

—Perfecto, ¡venga! —la animó el chico, ignorante del hecho de que Carolina no se había puesto unos esquís en su vida—. Te ayudaré.



En un visto y no visto Carol estaba montada en aquellas enormes paletas deslizables, con sus piernas inmovilizadas; el chico le colocó las cinchas de sus bastones alrededor de las muñecas, así Carolina tendría las manos libres, pero el problema ahora pasaba por subirse en aquella silla móvil, enorme, que parecía que iba lenta, pero no, no, no..., ni de lejos desde ese punto tan cercano se veía aquello ir lento.

—En la siguiente silla tienes que subir —advirtió el joven, dejando claro que no iba a colar a nadie más.

Carolina asintió temblorosa, en qué momento se le habría ocurrido pensar que aquello era lo mismo que ir a patinar.

Marcó el número de Ana.

—¿Dime, Carol? Ya estoy de camino, me cuesta esquivar a la gente, piensan que me estoy colando.

—Me obligan a subir ya.

—¿Qué? ¡No! ¡Espera, ya llego!

—Señorita, suba —ordenó el joven empujando suavemente a Carolina. Sus esquís se deslizaron sin desequilibrarla, la colocó en el paso de la silla móvil y cuando esta llegó a la altura de su trasero se lo golpeó con energía, pues ella era bajita y lo suyo hubiera sido saltar para tomar asiento.

Como una albóndiga, salió rodando de la fila. El joven quedó pasmado viendo aquello.

—¿No sabes esquiar? —preguntó atónito cuando la alcanzó.

—No —confesó ella.

—¿Cómo se te ocurre subir al telesilla con los esquís puestos si no sabes esquiar? Ya es complicado subir, pero bajar... ¿Cómo tenías previsto hacerlo?

—¿Saltando? —preguntó ella con ignorancia, provocando en el joven una risa escandalosa.

—Desde luego, no sé si opinar que eres valiente o ingenua.

—¡Ingenua! —confirmó fatigada Ana a la espalda de ambos—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? ¡Te he visto caer!

—Estoy bien.

—Por favor, Carol, déjalo estar, nos podemos quedar aquí abajo y tirar con los trineos.

—Pero yo quiero esquiar, Ana. —La voz de Carol dejaba clara su autodeterminación.

—No hay quien pueda contigo, de verdad.

Ana tiró del brazo de su amiga, la ayudó a levantarse, retomaron posición delante de la silla y esta vez, con ayuda del joven, quien ya era consciente de que sin un buen empujón aquellas dos crías no iban a lograr subirse y tampoco tenían pinta de querer rendirse, con lo que le iban a generar un retraso enorme..., logró su objetivo y ambas tomaron el telesilla, destino al TeleBaby.



Anastasia no podía creerse lo que estaba viviendo aquel día. Su amiga se había tirado, literalmente, del telesilla en marcha cuando este llegó a la cima, y rodó por la pequeña rampa deslizante que tenían dispuesta para el descenso de las sillas móviles. Ana saltó detrás a socorrerla cuando el bloqueo de la silla hizo efecto, la muy tonta no sabía ni que esas sillas se frenaban ligeramente para ayudar en el descenso. Se pegó tal golpe que Ana no creía que fuera capaz de ver mejorado hasta que la imagen de su amiga intentando aprender esquiar en el TeleBaby la dejó boquiabierta y sin palabras, considerando que en aquel instante... ya lo había visto todo de su amiga.

Carolina se enganchó al cable que ascendía la cuesta del TeleBaby. Era un remolcador sencillo, debía situar entre sus piernas aquel arnés a gran velocidad para que con el propio deslizarse de los esquís ascendiera hasta la cima, vamos..., que tenía que entender un poco sobre lo que se disponía a hacer.



Pasmada, observaba aquella imagen, pero no solo ella..., decenas de curiosos, que no podían usar el remolcador por su intromisión, la miraban abrumados.

—Esa chica está loca —oyó decir a alguien.

—¡Enseguida dejó libre la pista! —chilló Carolina, tumbada sobre la nieve mojada, elevando de nuevo su brazo para tomar otro cable remolcador.

Ana, sin más..., no reaccionaba.

La vio engancharse al siguiente cable y panza abajo limpió con su estómago la blanca subida, hasta que las fuerzas le fallaban y se soltaba, volvía a chillar a los forofos que se tronchaban de risa a su costa que en breves alcanzaría el objetivo y dejaría la pista libre, para luego volver a enganchar otro cable y ascender de culo unos cuantos metros más.

Ana no paraba de preguntarse qué haría aquella chalada de amiga que se había echado una vez

llegara hasta arriba, porque... tendría que bajar..., de eso no había duda.

Tardó diez largos minutos en alcanzar su objetivo, y cuando lo hizo el público aplaudió y vitoreó.

—Encima la animan —criticó Anastasia, cruzando los brazos y observando furibunda a Carol, quien claro está no se percataba de su gesto, entre otras cosas porque Ana se había puesto unas enormes gafas de sol que siempre iban con ella—. ¿Y ahora qué, tarada? —le preguntó en voz alta, aunque no lo suficiente para que la escuchara, pues más de cincuenta metros de rampa las separaban.

Carolina miró a su alrededor, observó la facilidad con la que los esquiadores y esquiadoras se deslizaban, y pensó que si ellos podían, ella también. La mentalidad que siempre la caracterizaría hizo que se volviera con soltura rampa abajo, con ímpetu clavó los bastones en la nieve y con toda la energía que pudo empujó su cuerpo hacia delante.

—No puede ser verdad. —Ana se quitó las gafas creyendo que la oscuridad de estas le impedían ver lo que realmente estaba a punto de suceder.

¡Comenzó a coger velocidad!

¡Iba de fábula!

¡Adelantaba a todos los esquiadores!

Ellos iban de un lado a otro deslizando, como era correcto, y ella, de frente a paso ligero y cogiendo máxima velocidad, ¡normal que los adelantara a toda pastilla!

¡Pasó al lado de su atónita amiga!



—¡Voy muy rápido! —chilló a su paso, sonriente.

Sonrisa que se le borró cuando, con impotencia, vio cómo llegaba al final del dominio del TeleBaby y este se fusionaba con la gran montaña blanca por la que se ascendía en el telesilla e iba de frente a ella, a la velocidad del rayo, sin tener repajolera idea de cómo se frenaba, y su única opción fue...



—No puedo decir que no me lo pueda creer, porque no sería verdad. Si me lo estuvieran contando, sí que me lo creería a pies juntillas.

Allí estaba paciente Anastasia, cogiendo la mano de su amiga Carolina, mientras avanzaban hacia la salida del hospital San Agustín de Avilés. El padre de Carol empujaba la silla de ruedas de su amiga, que estaba escayolada en una pierna y llena de raspaduras por todo el cuerpo. Lo que

más destacaba a simple vista era su rostro magullado.

—Volveré a intentarlo de nuevo en cuanto me recupere, me aseguraré de saber frenar a tiempo antes de tirarme —prometió Carolina mirando a su amiga desde abajo, hablando completamente en serio.

—Lo sé —apuntilló Ana, oprimiendo su mano.

Capítulo 8

*La vida te pone obstáculos,
los límites los pones tú.*

En el presente...

Siempre luchadora por alcanzar sus sueños, Carolina comenzó su meticuloso análisis alumno por alumno, incluso sin tener la aprobación por escrito del director, porque confiaba en que aquel proyecto pionero y prometedor saldría adelante, así es que no tardó más de dos semanas en tener un dossier con las características personales de cada alumno que había pasado por sus manos desde que se iniciaron las clases.

Recordar aquel diciembre de hacía diez años le aportaba energía, porque hallaba entre ella y su amiga de la infancia, Lorena, la diferencia que quería erradicar entre los jóvenes que comenzaban al instituto. Carolina en su propia vida había demostrado que luchaba contra el medio si era necesario para alcanzar el objetivo que se fijara, sin importarle la réplica de quien la observara. Que la juzgaran nunca le molestó, solo le preocupaba alcanzar sus sueños, en cambio..., Lorena no lo hacía, solo por el sencillo hecho del qué dirán y las puñeteras apariencias.

La abismal diferencia entre ellas dos al inicio de su vida preadolescente determinó el comienzo de la vida adulta de la una y de la otra.



Cuatro años después de aquella iniciativa que arrancó Carolina, el Instituto Esperanza comenzó a recibir solicitudes de nuevo profesorado joven y emprendedor. La propuesta que presentó, desarrolló y logró que diera su fruto aquella joven con un talento destacable, una alegría eclipsante y una perseverancia que la ayudaba a lograr todo objetivo que se propusiera, llegó a oídos de consejos escolares, profesorado en formación, padres frustrados que no veían felices a sus hijos... De esa manera, el Esperanza logró convertirse en un referente. Los formadores más veteranos no veían con buenos ojos aquel programa, los que son de la vieja escuela siempre escogerán la formación que los llevó a ellos a ser quienes son, pero para eso existe la evolución, para no quedarse estancado en estereotipos.



Transcurridos diez años, el instituto Esperanza, dirigido por Carolina, quien tomó el relevo a Gerónimo de buen grado tras la jubilación de este, y siendo propuesta por él mismo al consejo escolar del centro, consiguió que el propio Ministerio de Educación avalara y reconociera el tipo de educación que se comenzaría a impartir dentro de las aulas en el Esperanza. No solo había

logrado ayudar a quien deseaba ser ayudado de manera voluntaria a través de aquella extraescolar, sino que se le dio carta blanca para que todas las clases fomentaran el potencial individual de cada alumno.

Se redujeron notoriamente los alumnos por aula, el profesor fue renovado por jóvenes emprendedores, que recibirían formación semestral para actualizar sus métodos de enseñanza, todo alumno y alumna podía elegir en el transcurso de las horas lectivas qué tarea desempeñar, qué talento fomentar...

Carolina, de esa manera, creó una nueva forma de enseñanza, personalizada y a la medida de cada uno, erradicó la discriminación, fomentó el compañerismo y sobre todo... contribuyó con su granito de arena a que el mundo... fuera un lugar mejor, al menos..., de puertas hacia dentro del instituto Isla de la Esperanza.

Epílogo

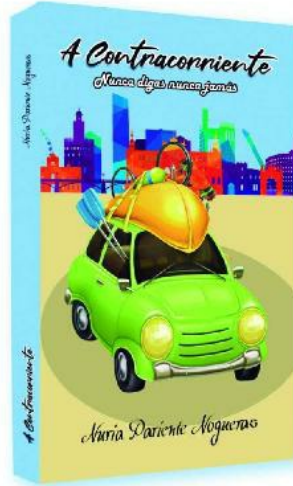
Si cuando a mí me dijeron que dejara de soñar, lo hubiera hecho..., hoy tú no tendrías esta novela entre tus manos.

Carolina y Lorena, indiscutiblemente, vivieron sus vidas como consideraron. Sus objetivos siempre fueron muy diferentes, no es que una u otra eligiera mejor o peor..., sencillamente, ellas, fruto de mi imaginación, en este mundo de ficción que es la literatura, te muestran a través de sus vivencias que al final las consecuencias de nuestros actos de hoy... podrían determinar nuestro futuro. ¿Cómo saber si esas decisiones contribuirán para bien o para mal en el tuyo? No se puede saber, pero no debes olvidar que siempre existirá el libre albedrío, lo cual significa que, aunque te equivoques en algo, siempre estarás a tiempo de rectificar y mejorar.

El tiempo tiene un valor incalculable, no hay dinero que lo pague, y aprovecharlo y rentabilizarlo es decisión de cada uno.

Nunca renuncies a tus sueños; puede que alcanzarlos te lleve algún tiempo, pero esta humilde escritora te asegura que, si luchas por ellos y no les das esquinazo, algún día... los llegarás a ver cumplidos.

Novela infantil



Novela infantil



Sobre la autora



Nací en 1980. Vivo en la preciosa ciudad de Gijón (Asturias), con mi marido y mis hijos, quienes son mi fuente de vida, energía e inspiración.

Me fascina la lectura y lo que representa evadirme y sumergirme en el mágico mundo de la fantasía y la imaginación, donde somos libres para hacer, decir y pensar cuanto queramos.

Como apasionada de los libros, ya desde niña tenía la inquietud y afanosa vocación de plasmar por escrito aquello que rondaba por mi cabecita.

Aunque no será hasta el verano del 2013, con el incondicional apoyo de mi marido, cuando me decida a invertir el cien por cien de mi tiempo y esfuerzo en tratar de ver cumplido este maravilloso sueño: llegar a publicar mis novelas para poder compartirlas contigo.

Gracias, gracias y gracias, de todo corazón a mis lectores.
Está claro... ¡Sin vosotros, hoy esto no sería posible!

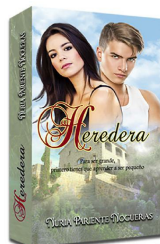
Otras novelas publicadas



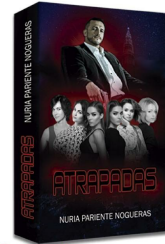
Saga que agrupa 4 novelas en 1, convirtiendo a Forever en una obra coral, cargada de giros inesperados y con un final que sorprenderá.



Trama de asesinato; suspense, romance e incertidumbre.



Trama familiar de intriga y humor, apta para lector juvenil.



Thriller policíaco de acción y aventura.

Redes sociales



No dudes en dejarme tu opinión en redes sociales.

Gracias por leerme.
www.nuriapariante.com

Traducidas al...



Portugués–Alemán–Inglés–Italiano–Español –Francés